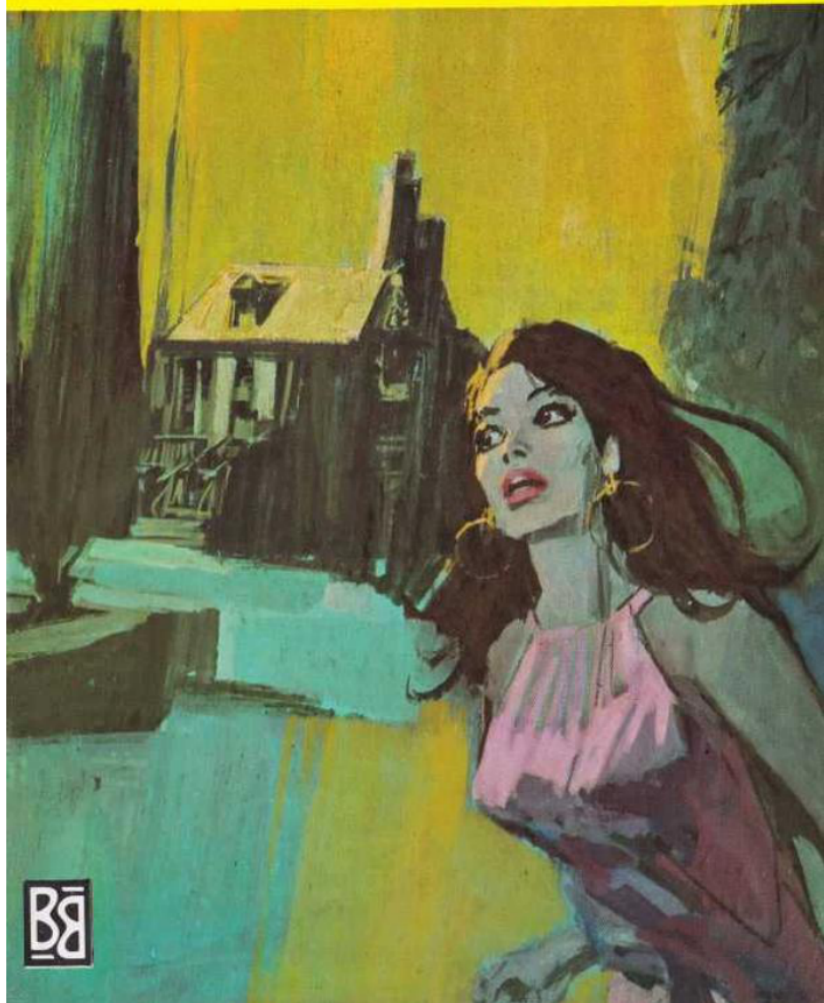


PUNTO
ROJO

un rudo comisario

silver kane



BB

COLECCIÓN

PUNTO ROJO





SILVER KANE

UN RUDO COMISARIO

Colección PUNTO ROJO n.º 304

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 33.873 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero. 1968

© SILVER KANE - 1968

sobre la parte literaria

© DESILO - 1968

sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968

sobre la ilustración interior.

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:**
1.049. — Las tierras de los Barness.
- En Colección SERVICIO SECRETO:**
887. — La red amarilla.
- En Colección TEXAS:**
613. — Los caraduras de Texas.
- En Colección KANSAS:**
506. — Testigo para la horca.
- En Colección BUFALO:**
736. — Como un diablo.
- En Colección ASES DEL OESTE:**
402. — La horca de los demonios.
- En Colección METRALLA:**
49. — ¡Os ordeno morir!
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:**
243. — Melodía para un «gangster».
- En Colección BRAVO OESTE:**
365. — La puerta prohibida.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:**
158. — La isla del trueno.
- En Colección COLORADO:**
539. — La loba del Ku Klux Klan.
- En Colección CALIFORNIA:**
582. — Dos mortales amigos.
- En Colección PUNTO ROJO:**
209. — Simba.

UNO

El comisario principal Bernier alzó su revólver, apuntó bien al centro del cuerpo, como le habían enseñado a hacer, y vació el tambor entero en las vísceras del fugitivo.

Éste dio un extraño salto, como si sus fuerzas se hubieran centuplicado, permitiéndole incluso volar, y fue a estrellarse sobre el adoquinado unos metros más allá del punto en que le habían alcanzado las balas.

El comisario Bernier no corrió enseguida hacia él. Antes acarició el revólver.

Sus disparos habían sido los últimos de una traca monumental que había puesto en conmoción todos los callejones de la antigua judería de París, cerca de la rue Saint Antoine. Media docena de gendarmes convenientemente apostados y elegidos entre los mejores tiradores habían fallado todos los disparos hasta que a él, el comisario principal Bernier, se le había ocurrido hacer funcionar su revólver. Y ahora el fugitivo estaba muerto.

«Muerto a reventar», como solía decir Bernier cuando veía cuerpos como aquél en el depósito de cadáveres.

Guardó su revólver, y entonces los gendarmes que él mismo había situado en sus lugares llegaron corriendo.

Uno de ellos se restañó con la mano izquierda el sudor lívido que le cubría el rostro.

—Comisario Bernier...

El nombrado sacó su pipa, ya cargada, y la encendió calmamente.

—Habéis fallado todos los tiros, ¿eh?

—Parecía adivinarlo... Se nos escurrió como una anguila, comisario. Le juro que los muchachos tiraron bien.

—Sí, claro...

—Fue una equivocación darle el alto. El tipo saltó a nuestras

voces. Debíamos haber tirado antes...

El comisario principal Bernier expulsó una bocanada de humo.

—Tuvisteis que darle el alto porque lo manda la ley. Sin este requisito previo no hubiera sido lícito disparar sobre él.

—Naturalmente, comisario.

—Pero ninguno de vosotros tiene la puntería suficiente para matar a un hombre quieto a tres pasos.

—¡Ejem! Ha sido mala suerte, comisario.

Los gendarmes rodeaban el cuerpo del hombre caído de bruces, a la entrada de la rue du Temple. Se oían ya los lúgubres bocinazos de un coche de la policía acercándose a gran velocidad.

Bernier gruñó:

—Dadle la vuelta.

—¿Está muerto realmente, comisario?

—Lleva seis balas.

Le dieron la vuelta con los pies, sin demasiada delicadeza. Por unos momentos el rostro del cadáver quedó iluminado por los tristes rayos de sol que se proyectaban sobre la vieja calle. Luego aquella cara quedó gris, como petrificada, igual que los muros de la rue du Temple.

El comisario Bernier escupió materialmente el humo de su pipa.

—Es Dallas, no cabe duda.

—Hubiera sido terrible que se equivocase, comisario.

—Yo no me equivoco nunca.

—Por descontado, pero...

El coche de la policía se había detenido ya en la vecina rue Saint Antoine. Los gendarmes, con sus capas ondeando al viento, avanzaban a pie. Aquellas cortas capas les daban un fantasmal aspecto de vampiros que hubiesen invadido las calles.

—Es Dallas —repitió el comisario Bernier—, y está bien muerto. Claro que lo merecía, después de llevarse un millón de francos nuevos de la «Société Generale de Banque» y asesinar a una empleada. Pero me hubiera gustado cazarlo vivo.

—¿Por qué? Esto da carpetazo al asunto, señor.

Bernier suspiró.

—Sí, naturalmente...

Los gendarmes recién llegados rodeaban ya el cadáver. Un hombre bajito, regordete, vestido de paisano, se había inclinado

sobre él. Era el forense.

—Las seis balas eran mortales —dictaminó, tras una primera ojeada—. Buenos impactos, sí, señor. ¿Quién ha tirado?

—El comisario principal Bernier.

El forense alzó la cabeza para mirarle.

—Quería asegurarse, ¿eh?

—Yo siempre me aseguro.

—Estará contento... Esto da carpetazo a un asunto que le molestaba a usted y a sus compañeros de la Súreté. Hasta ahora no había habido nadie capaz de echarle el guante a Dallas.

Bernier dijo sencillamente:

—No.

El forense se acercó. Era tan bajito que llegaba apenas al pecho del comisario, y estaba tan grueso que los botones de su chaleco parecía como si fuesen a salir despedidos de un momento a otro. La boca le apestaba a tabaco barato, a una mezcla de «Gitanes» y de picadura que se preparaba él mismo, para que resultara más fuerte. Miró con envidia al comisario Bernier.

—Ahora le darán vacaciones, ¿eh?

—Es justo. Las tenía solicitadas hace tres meses.

—Y aprovechará para casarse...

—Es lógico también, ¿no?

—Sí, sí, es justo... A mí me alegra que usted se case, Bernier... La gente le considerará todavía más. Siempre he dicho que para que un hombre triunfe en la Administración, en los países occidentales, tiene que estar casado; de lo contrario se le mira en cierto modo como a una persona que no acaba de ser seria... Claro que usted tiene ya una carrera magnífica.

—¡Bah!

—Comisario principal a los... ¿Cuántos años tiene, Bernier?

—Treinta y dos.

—Es increíble...

—A mi edad, Disraeli estaba harto de ser primer ministro.

—Pero eso ocurría en Inglaterra y hace un montón de años. Ahora las cosas son más difíciles.

—Se equivoca, matasanos, hay cosas que son más fáciles. Por ejemplo, matar a un hombre.

—Diablos, yo no quería decir eso... ¿A dónde piensan ir de viaje

de novios, Bernier? Ahora, cuando van a empezar los primeros fríos, muchas parejas se van a las costas de Provenza, a Mallorca o a la costa alicantina. En los alrededores de París no se queda nadie.

—Yo iré a Escocia seguramente.

—Escocia... ¡Bah! Frío, niebla y viejos castillos llenos de fantasmas. Claro que si uno tiene una mujer bonita al lado, para darle calor, la cosa es distinta, ¿eh?

Y rió maliciosamente.

Luego tuvo que apartarse para que los camilleros pudieran llevarse el cadáver. Lo habían cubierto mal, y una mano ensangrentada asomaba por debajo de la tela.

Bernier dijo en voz alta:

—Bueno, lárguense. Despejen del todo la calle. No tiene que quedar nadie aquí dentro de dos minutos, excepto los gendarmes.

La orden había sido dirigida claramente a un pequeño grupo de curiosos y a dos reporteros gráficos que habían llegado hasta allí desde no se sabía dónde, atraídos por la noticia como los buitres acuden al olor de la muerte. En cuanto al resto de la calle, estaba silenciosa y vacía.

—¡Fuera de aquí!

Los *flashes* lanzaron sus últimos fogonazos, la mano del cadáver desapareció por fin bajo la tela. Bernier fue caminando hacia el fondo de la vieja calle.

Era alto, de tórax ancho, de piernas largas y poderosa musculatura. Andaba por la calle como un luchador por el *ring*. Sus ojos de águila lo escrutaban todo.

Pero la calle estaba vacía.

¿Vacía?

Bernier vio a aquel tipo antes de que el grueso canalón de desagüe lo ocultara por completo. Vio sus ropas negras, parecidas a las que llevaría un resucitado, vio sus facciones demasiado blancas y sus manos casi espectrales, demasiado largas y finas. Aquella visión le produjo en fracciones de segundo el efecto de una pesadilla.

Bernier movió ágilmente el brazo derecho.

Antes de que el tipo pudiera escabullirse en el oscuro portal, la zarpa del comisario se le cerró como una argolla en torno a la muñeca. Bernier tiró de ella y el tipo vestido de negro vino hacia él

como una cosa sin fuerzas, blanda y flácida.

Era joven. No debía tener más allá de veinticinco años. Pero sus ropas negras y su barba de varios días le hacían parecer un viejo.

Bernier gruñó:

—¿Qué hacías aquí?

—Yo... vivo en esa casa.

—Mentira.

Bernier siempre empleaba aquella palabra, tuviera razón o no. Había observado que producía en los delincuentes el mismo efecto que un batacazo, sobre todo si eran novatos. Y éste lo era. Sólo había que ver cómo le temblaba la mandíbula para sentir asco o pena de él.

—¡Vuélvete!

El otro obedeció.

—¡Las piernas separadas! ¡Vamos, cochino, las manos en la pared un poco por encima de tu cabeza! ¡Y quieto!

El joven vestido de negro obedeció también, mientras su mandíbula seguía temblando. Bernier le cacheó rápida y hábilmente, convenciéndose de que no llevaba armas. Luego, para terminar de desmoralizarle, le dio un pequeño golpe en uno de los pies, y el joven, falto de apoyo en aquella violenta postura, cayó rodando por tierra.

Bernier hizo gesto de ir a golpearle con el pie en los riñones, pero se detuvo en el último instante, con una bien simulada expresión de hombre que no sabe cómo se contiene tanto.

—No hagas que me ponga nervioso, muchacho. Tengo poco aguante, ¿te enteras? Dime qué buscabas ahí si no quieres que te haga un planchado de riñones. Esta calle ha quedado acordonada en unos minutos. ¿Qué hacías tú ahí? ¿Por qué te ocultabas?

El joven se había partido un labio al caer. Con gesto tímido se restañó la sangre.

—He pasado... ahí la noche.

—¿En el portal?

—Sí, señor.

—¡Documentación!

El joven se introdujo una mano en el bolsillo interior de su americana. Extrajo unos arrugados papeles que tendió a Bernier.

—Échalos al suelo. A tus pies.

Él obedeció.

Bernier recogió los papeles sin perder de vista al hombre vestido de negro, esperando en cualquier momento que éste intentara algo para escapar. No había recogido la documentación de las propias manos que se la entregaban por temor a una presa combinada de dedos y pies. Mientras con un ojo seguía vigilando, con el otro la examinó.

—Jacques Besnard, estudiante —leyó—. ¿Estudiante de qué?
¿De friegaplatos de *cabaret*?

—Estudio... Escultura... en la Escuela Superior.

—¡Ah, vaya! Y tienes veintiséis años.

—Sí, señor...

—Un poco mayorcito, ¿no? ¿Quién te mantiene mientras tanto?

—Mi padre es un hombre... de posición. El dueño de «Encuadernaciones Besnard». Es un establecimiento de la rue Rivoli.

—Lo conozco. ¿Pero qué hacías aquí?

—Hace dos noches... que no voy por casa.

—¿Por qué?

El joven se sentía humillado allí en el suelo, bajo la mirada inquisitiva del comisario. Preguntó tímidamente:

—¿Puedo... ponerme en pie?

—Hazlo. Pero no respondo de que no te vaya a tumbar otra vez de un derechazo si me sueltas la menor mentira.

—No pienso engañarle.

—Pues habla. ¿Qué hacías aquí? ¿No has oído los disparos?

—Las balas de los gendarmes me han pasado rozando la cara. Menos mal que usted... tiene mejor puntería.

—¿Por qué has intentado ocultarte luego?

—Ha sido instintivo.

—¿Sí?

Bernier movió un poco el puño derecho. Notó que el joven, demasiado pálido y flojo para resistirse, se echaba hacia atrás ligeramente.

—No me pegue...

—No temas, tampoco estoy autorizado a hacerlo. Dime de una maldita vez qué es lo que ocultas.

El joven Besnard hundió la cabeza.

—Es mejor así... Pensaba entregarme de todos modos, aunque el

miedo me hacía ocultarme.

—¿Pero por qué pensabas entregarte? ¿Qué ha ocurrido?

El hombre vestido de negro apenas movió los labios para decir:

—He matado a una muchacha...

DOS

El comisario Bernier bebió su quinta taza de café con coñac aquella noche.

Eructó y puso ambos pies sobre la mesa.

—... Y entonces el fulano me dijo que había matado a una muchacha —siguió explicando—. Que la había estrangulado y que luego había dejado su cadáver en una casa aislada cerca de Neuilly, una de esas casas que se caen de viejas, corroídas por las ratas... Me dijo que la chica era jovencísima y muy hermosa.

Los otros dos comisarios que le escuchaban, Berthelot y Harris, vaciaron silenciosamente sus tazas de café.

—¿Y cómo era él?

—Tenía facha de existencialista, pero también de tener dinero. Sus ropas eran buenas, aunque el fulano tenía la manía de usar sólo el color negro. La documentación era auténtica. Olía un poco mal después de dos días sin lavarse, y la barba le daba un aplastante aspecto de derrotado, pero que el fulano procedía de una cuna bien no cabía duda. El reloj que llevaba era de oro macizo, y no lo había robado porque comprobé las iniciales. En fin, uno de esos tipos en los que uno, sin saber bien por qué, se pasa pensando horas y horas.

—Lo detendrías, supongo.

La frase había sido de Harris. Bernier lo miró con extrañeza.

—¿Detenerle? Al contrario, le dejé en libertad enseguida.

—¿Pero por qué? ¿No había confesado un crimen?

—Estaba loco.

Harris, que era el más joven del grupo y acababa de regresar de un curso de perfeccionamiento en el FBI, arqueó una ceja.

—¿Loco?

—Eso se adivinaba después de hablar un rato con él. Era el típico desequilibrado, el hombre poseído por un sentimiento de culpabilidad que no sabe de dónde le viene, pero que le va

destrozando la vida. Para librarse de ese sentimiento los tipos como él necesitan ser castigados. Entonces se sienten libres, creen haber expiado su imaginaria culpa y vuelven a ser las personas normales que antes fueron... hasta que les acomete una nueva manía. En ese caso el jovenzuelo de quien os hablo se culpó de haber matado a una muchacha, pero igualmente podía haberse acusado de haber puesto una bomba en la cama del presidente de la República. No podía hacerle caso.

Harris se vertió un chorro de coñac en la taza de café vacía.

—¿Por qué?

—¿No os lo digo? Estaba loco.

—¿Y... si fuera verdad?

—Verdad ¿qué?

—Lo del crimen.

—¿Estás loco tú también?

—Me parece que no hubiera costado gran cosa interrogarle con calma. Quién sabe si detrás de sus palabras había algo de verdad.

—¿Después del jaleo que se ha armado con la muerte de Dallas podía perder tiempo con él? En la rue Saint Antoine había congregadas al menos cinco mil personas detrás de la barrera policíaca. Yo creo que el tiroteo se había escuchado desde los cuatro puntos cardinales de París. No podía entretenerme con un mocosito visionario.

Harris extrajo una pluma y una agenda.

—¿Te importaría darme su dirección? ¿La recuerdas?

—Claro que sí. Aún poseo la memoria de mis años de colegial. Vive en el 125 de la rue Lemoine.

Harris la apuntó cuidadosamente y luego se guardó la agenda, seguido por las miradas interrogativas de sus dos compañeros.

—¿Es que vas a visitarle? —preguntó Berthelot.

—Es posible.

—Pero...

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta.

—Adelante —invitó Bernier.

Un gendarme abrió y se cuadró respetuosamente.

—Lo siento, señor comisario. Ahí fuera hay una persona que solicita hablar directamente con usted.

—¿Directamente conmigo? ¿Y quién es?

El gendarme tragó saliva.

—Se llama Besnard. Dice que ha asesinado a una muchacha.

TRES

Bernier preguntó aburridamente:

—Bueno, dilo de una maldita vez. ¿Cómo era?

—Morena, esbelta, de unos veinte años.

—Hay miles y miles de chicas en París que son morenas y esbeltas y tienen veinte años. Dinos algo más. O mejor, explica bien el crimen; puede que resulte divertido.

Besnard se mordió los labios.

Causaba una cierta pena verle allí, hundido en la silla rotatoria, con el foco de luz dándole casi directamente en los ojos, retorciéndose nerviosamente los dedos sobre los pantalones negros que formaban en las rodillas unas grandes bolsas.

Pero Bernier estaba cansado, aburrido, harto ya de aquel maldito asunto, y no sintió ninguna compasión ni simpatía por el visitante.

—Habla —gruñó.

—La conocí en un bar de Pigalle.

—Buen principio. Vaya muñeca... Sigue.

Un taquígrafo de la policía tomaba lentamente notas mientras chupaba un cigarrillo. Berthelot y Harris, quietos en un ángulo del despacho, lo oían todo desde las sombras.

—Se llamaba Suzanne.

—¿Suzanne y qué más?

—No lo sé, no me dijo sus apellidos.

—De acuerdo; la conociste en un bar e hiciste buena amistad con ella. ¿Qué buscabas? ¿Era una profesional?

—¡Oh, no! Era una estudiante. Servía allí sólo los sábados por la noche, para ganarse unos francos. Los otros días preparaba comidas en el Cité club, el restaurante económico de estudiantes que hay cerca del parque Monceau.

—Lo conozco. Sigue. Ella era una estudiante pobre que se

ganaba honradamente la vida. ¿Y qué más?

—Ya se lo he dicho... Hicimos amistad... Luego yo le pedí que me sirviese de modelo.

Bernier arqueó una ceja.

—Sí, ya recuerdo que me dijiste que estudiabas escultura. ¿Y necesitabas una modelito de veinte años? ¿Desnuda?

—Pues... sí.

—¿Qué dijo ella?

—Me preguntó que cuanto le pagaría y yo dije que diez francos por sesión. El precio le pareció bien, pero exigió que estuviera otra compañera presente. No quería de ningún modo quedarse a solas conmigo.

—O sea que era una señorita decente. Muy bien. ¿Y qué más?

—La llevé dos veces a una buhardilla que tengo alquilada.

—¿Dónde?

—Muy cerca de donde usted me encontró. A la salida de la rue du Temple.

—Di la dirección exacta.

El taquígrafo la anotó.

Bernier encendió la pipa otra vez, mientras suspiraba aburridamente, con cansancio.

—Diga que comprueben eso. Un coche patrullero puede ir. Veamos si este tipo tiene el estudio donde asegura.

El taquígrafo salió.

Volvió al cabo de un par de minutos, dispuesto a seguir anotando. Durante ese tiempo Besnard había estado respirando fatigosamente, como si acabara de terminar una carrera de cinco mil metros.

—No la matarías delante de tu compañero —preguntó a continuación Bernier—. ¿Qué hiciste?

—Quería besarla... Deseaba ansiosamente hacerlo, y delante del otro no podía ser. Por eso le pedí que saliera conmigo.

—¿Dónde fuisteis?

—No sé, por ahí... Estuvimos en mi coche cerca del hipódromo de Longchamps. Allí la besé. La besé todo lo que quise.

—¿Y ella te dejó?

—Hube de hacerlo medio a la fuerza.

Bernier entrecerró los ojos.

—Eres un hijo de zorra.

—No había motivo para que se resistiese tanto... Le pedí que fuéramos novios... Me hubiera casado con ella. ¡Juro que me hubiera casado con ella! Besarla no me pareció ningún delito horroroso.

—Pues lo es, amiguito, cuando se hace a la fuerza. Eso se llama abusos deshonestos, y el Código Penal señala una bonita pena de cárcel para los que tienen los labios hambrientos y las manos largas. Continúa, pequeño cochino.

A pesar de la brutalidad del policía, y aunque leía la cólera en sus ojos, Besnard estaba tan abatido que ni siquiera se inmutó.

Sólo se frotaba las manos nerviosamente.

—¡Continúa! —aulló Bernier.

—Luego... luego la maté.

—¿Dónde?

—Le dije que bajara del coche. Estábamos en el Bois de Boulogne.

—¿Por qué bajó ella?

—Debió parecerle más seguro estar conmigo en un espacio abierto, aunque era de noche... y las noches en el Bois de Boulogne son sobrecogedoras.

—¿La atacaste allí?

—Sí... No pude... No pude evitarlo.

Bernier dejó la pipa sobre la mesa, mientras el taquígrafo seguía tomando notas, ahora con más rapidez.

—¿Qué hiciste?

—Fue... un impulso extraño. Suzanne me irritaba, me ponía nervioso su resistencia. Parecía como si besarla fuera para ella lo más terrible del mundo y... la estrangulé.

—¿Con qué?

Besnard se miró las manos ansiosamente. Sobre esas manos resbalaba el sudor, que brillaba a la luz concentrada de la lámpara.

—Con... con mis dedos.

—¿Y qué hizo ella? ¿No gritó?

—Ella... intentó llegar hasta uno de esos postes donde hay que romper el cristal para avisar a la policía... Siempre... siempre me ha parecido una burla ese sistema. Mientras que se rompe el cristal y la policía llega, a uno ya le han arrancado la piel. Yo... yo tuve tiempo

de matar a Suzanne.

Besnard dejó caer las manos, desfallecido, encima de sus flacas rodillas. Mientras tanto el comisario principal Bernier siguió preguntando sin piedad:

—¿Qué hiciste luego con el cadáver?

—Lo cargué en mi coche.

—¿Y...?

—Y lo llevé a Neuilly. Ya se lo he dicho: rue Laffond, 19. Es una vieja casa rodeada de jardín, de las que van siendo derribadas. Allí ya no vive nadie porque aquello amenaza ruina. Está infestado de ratas. Dejé el cadáver allí.

—¿No encontraste a nadie?

—No... Creo que no.

—Nadie vio tu coche, supongo. Me has dicho antes que era un viejo «Simca Ariane», ¿no? Pues hace bulto...

—No, nadie lo vio.

—¿Y qué hiciste luego?

—Quise volver a casa, pero no pude. Había algo que no me dejaba vivir. Los nervios estallaban dentro de mi cuerpo... Entonces regresé al estudio y tampoco pude permanecer quieto. Empecé a vagabundear por las calles... hasta que usted me encontró.

Bernier tomó su pipa, la sopesó suavemente y luego dijo al joven, con toda la delicadeza de que fue capaz:

—Levanta la cabeza, marrano.

Besnard la levantó. Vio los ojos del comisario fija y cruelmente clavados en los suyos.

—¿Me cree? —susurró.

—No te creo una sola palabra, imbécil.

—Pero...

Bernier empezó a golpear la mesa con la cazoleta de su pipa, para hacer más rotundas sus afirmaciones. Sus facciones, habitualmente morenas y deportivas, curtidas por el sol, se habían vuelto rojas.

—¿Pero qué? Tú te crees que los policías somos rutinarios y que no nos preocupamos de nada, pero cuánto dijiste en el primer interrogatorio que te hice, en la rue du Temple, fue comprobado minuciosamente después. Y he de decirte, pichón, que hace varias semanas que nadie rompe un cristal del sistema de alarma en el

bosque de Bolonia. Que nadie vio un «Simca Ariane» en la rue Laffond, a pesar de que en la entrada hay siempre un agente de servicio para multar a los despistados que vienen en dirección prohibida. ¡Y te diré también que en la rue Laffond el número 19 no existe!

Besnard parpadeó dos veces, asombrado, y su boca se abrió insensiblemente.

—¿Que... no existe?

—No, pichón. No existe.

—Pues yo... No, no es posible. La rue Laffond ha de tener un número 19. Es una calle bastante larga.

—Naturalmente. Pero el número 19 corresponde a un solar.

Besnard fue a decir algo, pero le fallaban las palabras. Estaba mortalmente pálido.

—Y en cuanto al cristal... —empezó Bernier.

—Puede que no llegara a tocar el sistema de alarma. Pero se acercó mucho a él. No... no estoy seguro.

—¿No, verdad?

—Le juro que...

Bernier puso calmosamente ambas manos sobre la mesa, mientras sus facciones se contraían en una mueca que era mitad violenta mitad sarcástica.

—Mira, muchacho, si lo que quieres es pasar una temporadita en la cárcel, emplea otro procedimiento. Hay mil medios, ¿sabes? de quitarse las manías sin dar la lata a la gente. Tú no has matado a nadie y dudo que esa Suzanne haya existido jamás fuera de tu imaginación calenturienta. De modo que elije: O te largas ahora mismo y no nos importunas más, o te llevo ante el juez para que te imponga una multa por burla a la autoridad. Pero a la cárcel no vas; no, no dejaré que encima te hagas el héroe. Puedes elegir.

Besnard se puso en pie lentamente. Todo su delgado cuerpo temblaba. Sus manos parecían transparentes de tan flacas y sin fuerzas. Daban angustia.

—¡Yo maté a esa muchacha! ¡Se llamaba Suzanne! ¡Yo la maté! ¡Juro que la maté!

—¡Largo de aquí si no quieres que te abra la cabeza!

Bernier se había puesto en pie violentamente, y le amenazaba con los puños. Tuvo que ser Harris el que se interpuso entre los dos,

recomendando calma.

—Bueno, quizá haya algo de verdad en todo eso... Déjale al menos que diga cómo era la muerta.

—¿Decir? ¡Bah! ¿Y qué?

—Espera a que hable...

—Tú eres demasiado joven, Harris. Más joven que yo...

—Eso no es inconveniente.

Bernier, haciendo un gran esfuerzo, volvió a sentarse.

—Está bien, dínos cómo era la chica. Descríbela de pe a pa, ¿entiendes? Pero no me interesa si estaba bien de piernas o si el ligüero era color de rosa. Dame sólo detalles que puedan ser importantes para la policía. Por ejemplo: ¿Cabellos?

—Color castaño claro.

—¿Ojos?

—Negros.

—¿Estatura?

—Pues... debía tener entre metro sesenta y cinco y metro setenta. Con tacones resultaba bastante alta.

—¿Nombre? Suzanne, ya lo has dicho... Vamos a ver, ¿tenía alguna seña que la distinguiese? ¿Le faltaba algún diente?

—Noté... noté que llevaba de oro la penúltima muela del lado izquierdo. Sólo una, porque el resto de la dentadura era muy sana. A veces, al reír, se le notaba.

Bernier arqueó una ceja, no supo bien por qué.

—¿Ropas?

—Las llevaba siempre verdes. En todas las ocasiones en que nos vimos, fue así. Decía que el color verde le gustaba.

El arco que formaba la ceja alzada de Bernier se hizo más alto y más interrogativo.

—¿Medias?

—Claras y con costura. Siempre las llevó del mismo tipo.

—¿Bolso?

—Marrón, de piel de cocodrilo. Bastante bueno para ser de una chica que se gana la vida un poco a salto de mata. ¿Pe... pero qué le pasa, comisario?

Bernier había cerrado las manos en torno a su pipa y un lápiz, como si fuera a estrujar aquellos objetos.

Su boca formaba una extraña mueca. Sus ojos se habían cerrado.

—¿Qué le pasa, comisario? —repitió Besnard.

—Nada.

Quietamente, Besnard abrió las manos soltando la pipa y el lapicero. Abrió también los ojos. Con dos dedos extrajo una cartera de uno de sus bolsillos interiores, y de la cartera sacó una fotografía.

Era la foto de una chica de unos veinte años, con zapatos de alto tacón, medias con costura, vestido verde y bolso marrón de piel de cocodrilo. Era la foto de la prometida de Bernier, la mujer con la que debía casarse una semana más tarde.

Si la muchacha hubiera reído, se habría visto tal vez la funda de oro en la penúltima muela.

Pero la muchacha, en la foto, no reía.

CUATRO

La muchacha salió del café justo cuando el autobús color verde se acercaba raudo a la parada. Había llovido y la calle estaba húmeda, fresca. Desde los cercanos campos llegaban los últimos efluvios del otoño, tan parecidos a los de la primavera.

Los dos únicos hombres que estaban sentados en la terraza de aquel café del suburbio, la miraron con atención, abriendo mucho los ojos.

—*Mon Dieu!*

—*Merveilleuse!*

La chica llevaba un vestido verde, zapatos de alto tacón, medias con costura y un bolso marrón de buena piel de cocodrilo. Tenía estilo, buena figura y todo lo que hace falta. Y hasta un poquito más.

Taconeaba con gracia sobre los recientes charquitos de lluvia, acercándose al autobús.

Éste se detuvo con un chirrido de frenos viejos y destensados que por poco no obedecen.

La chica subió. Al hacerlo, y a causa de la falda estrecha, la costura de la media correspondiente a la pierna que estaba en el suelo, pareció elevarse hasta las misteriosas alturas donde la auténtica seducción empezaba. Los dos hombres no se dieron cuenta de que el café de las tazas que sostenían en sus manos, goteaba sobre sus trajes.

El autobús arrancó, dio una vuelta a la derecha para adentrarse en la Autoroute de l'Ouest

y la siguió durante un kilómetro, para luego torcer a la derecha otra vez y adentrarse en un barrio de chalets sombríos, de viejas villas y de jardines descuidados sobre los que aún parecía cantar la lluvia.

¿Era aquello París? ¿No lo era ya?

Como en todas las grandes capitales, resultaba difícil decir cuándo se había salido del casco urbano propiamente dicho y cuándo se estaba aún en él. París era como un inmenso pulpo provisto de tentáculos que llegaban a todas partes.

La chica se había sentado. El cobrador, con los ojos muy abiertos, le miraba las rodillas.

Ella se dio cuenta y se estiró la falda.

—¿Va usted muy lejos? —preguntó el cobrador con sonrisa ladina.

—A una parada antes del final.

—¿Thierry?

—Exacto.

—Le avisaré.

Ella desvió la mirada.

—Gracias.

Resultaba distinguida, un poco enigmática con aquellos ojos rasgados y aquel vestido ceñido que debía ocultar tantas maravillas. Cruzó las piernas y se puso a balancear una de ellas suavemente. Todos los hombres que se encontraban en el autobús estaban pendientes de aquel balanceo, como si la pantorrilla de la desconocida fuera lo más importante del mundo. Arriba, abajo, abajo arriba...

El autobús se detuvo.

—Thierry.

La muchacha llegó hasta la puerta, y su escultural figura se dibujó al contraluz mientras descendía. Thierry era una zona pequeña y tranquila donde abundaban los viejos chalets construidos por los ricos de otro tiempo, por los contribuyentes de Clemenceau y Faltières. Jardines pequeños y recargados ocultaban casas de desconchadas columnas blancas, de altas ventanas casi siempre cerradas, de puertas donde el nombre del dueño estaba grabado sobre una placa, igual que en los panteones.

Al conductor le costó arrancar. No sabía por qué, se le había metido entre ceja y ceja que la chica iba a alguna cita sentimental. Al fin y al cabo Thierry era un lugar apartado y discreto.

—Suerte que tienen algunos... —refunfuñó.

La muchacha del vestido verde no se detuvo en la larga calle, sino que la recorrió toda hasta su final, sin encontrar lo que

buscaba. Más allá empezaba una zona de descampados, pero ella siguió adelante. Los altos tollos de hierba, mojados por la lluvia, le ensuciaban las medias. Por fin vio la casa.

Era quizá la más vieja, la más recargada de todas, y estaba aislada detrás del descampado.

La chica miró la placa de la entrada, roída por el tiempo, el viento y las lluvias. Pero sobre ella aún podía leerse: «Ville de la rue Laffond».

Y debajo había un número que no podía leerse, pero que era el 19 seguramente.

CINCO

La muchacha llamó a la puerta, tirando del cordón de una campanilla que resonó cantarínamente más allá del umbral, en las oscuras profundidades de la casa.

Ella aguardó unos momentos, mientras fuera volvía a gotear. Los helechos del jardín multiplicaron sordamente el impacto de las gotas.

Por fin la puerta se abrió.

Una mujer de unos sesenta años, alta y huesuda, apareció en el umbral. Vestía completamente de negro, y todo su aspecto correspondía también a otra época, como la misma casa. La falda le llegaba hasta los pies, los zapatos eran negros y de afilada punta. Sus puños terminaban en dos tirillas de encaje, así como el cuello del vestido. Sus ojos extrañamente grises contemplaron con atención a la recién llegada, cuya figura parecía más femenina y más dulce recortándose tras el telón de la lluvia.

La vieja preguntó:

—¿Se llama usted Suzanne?

—Sí, señora.

Los ojos grises tuvieron un leve parpadeo. Suzanne, no supo por qué se estremeció.

—Pase, por favor.

—Gracias.

La casa era triste, vieja, y estaba amueblada con un gusto anticuado y barroco. Había cuadros polvorientos por todas partes, solemnes divanes con pañitos de puntillas, panzudas cómodas y ramitos de flores de tela metidos en jarrillos de cristal. La lluvia se veía caer más allá de los visillos que cubrían las ventanas.

Una voz masculina desde el interior:

—¿Quién es, Grete?

Por lo visto la vieja se llamaba Grete. Abrió un poco la boca

para decir:

—Es Suzanne, querido.

La misma voz masculina volvió a oírse al indicar:

—Que pase.

—Tenga la bondad de pasar —dijo Grete, señalando una puerta que se veía al fondo de un largo pasillo.

Suzanne avanzó, pero al llegar a una distancia determinada de la puerta sus músculos la obligaron a detenerse. Fue una reacción instintiva y en la que, en cierto modo, no intervino para nada su voluntad.

Fue por la luz que surgía de la habitación.

Era un resplandor mortecino, pálido, tembloroso, que no parecía tener sentido.

¡Porque era una luz de cirios!

La voz masculina preguntó otra vez, desde el fondo de aquella pieza al final del pasillo:

—¿Qué pasa? ¿No viene?

—Sí, claro que sí, querido.

La vieja se puso delante de Suzanne, como señalándole el camino.

—¿No viene? ¿Le ocurre algo?

—No, no... Claro que no. Perdona.

Suzanne siguió avanzando, hasta llegar al umbral de la habitación. Vio entonces allí algo que le heló a sangre en las venas.

Y sin embargo, todo sucedía con tanta naturalidad, con tanta rutina por decirlo así, que parecía imposible creer en nada extraordinario.

Dentro de la habitación, sobre un túmulo, cubierto por un paño negro, había un ataúd de caoba, muy bien trabajado, adornado con un gusto exquisito pero algo siniestro, y que tenía un no sé qué que hacía comprender que se trataba de un ataúd de otra época.

En ese féretro había un hombre de unos sesenta años, con el cabello blanco completamente alborotado, labios exangües y facciones terrosas, como si efectivamente se tratara de un resucitado.

Ese hombre se había puesto en pie, saliendo de la lúgubre caja, y se dirigía hacia Suzanne tendiéndole la mano, sonriente, con naturalidad, como si saliera a recibir una visita de negocios.

Suzanne sintió que se le secaba la boca instantáneamente, pero logró que sus labios no temblaran.

—¿Cómo está, señorita Suzanne? —preguntó el hombre, sin abandonar su sonrisa—. Celebro que haya venido.

Suzanne se encontró con la mano de aquel hombre y antes de que ella hubiera podido retirar la suya sintió que se la estrechaba, y que aquellos dedos largos y sarmentosos aferraban sus dedos. Notó que la mano era fría, espantosamente helada, tal y como deben ser las manos de los muertos. Pero afortunadamente el hombre la soltó enseguida, antes de que aquel frío llegara a penetrar hasta los huesos de la muchacha.

—¿No entra?

—¿A... aquí?

El hombre parpadeó, sorprendido, como si no entendiera la reacción de Suzanne, y de pronto miró hacia el ataúd. Pareció comprender.

—¡Ah, claro! Usted se ha extrañado de ver eso.

—Cualquiera... se asombraría.

—No se preocupe, vamos a la sala.

El hombre tenía una voz cavernosa y ronca que parecía llegar desde algún lugar ignorado del Más Allá. Echó a andar, saliendo de la habitación y produciendo, con el aire desplazado, un temblor en las llamas de los cirios. Suzanne, como hipnotizada, siguió. Pudo darse cuenta de que el hombre estaba muy delgado, y de que le blanqueaban los huesos de los nudillos y la mandíbula. Unos ojos negros, duros y profundos salían del fondo de sus cuencas y parecían despedir rayos al mirar a la muchacha.

Ésta, sin saber cómo, se encontró sentada en una salita donde sólo se oía el tic tac de un monumental reloj de pared. Los dos viejos se sentaron en sendas butacas, uno a cada lado.

Grete dijo:

—Sin duda le ha extrañado lo del ataúd, Charly.

—Ah, lo del féretro... Claro, lo comprendo. Como siempre estamos solos aquí, he llegado a no darme cuenta. Debí haber pensado que usted se sorprendería, y recibirla de otro modo. Pero es que uno debe acostumbrarse a la idea de su propia muerte.

—Sí, ciertamente. Es un pensamiento muy cristiano, estoy de acuerdo. Pero sin embargo...

—Es que usted es joven, señorita Suzanne. Cuando tenga mis años sabrá que hay que estar preparado para la idea de la muerte. No soy el único en pensar eso. Para los chinos, uno de los regalos más apreciados es un ataúd, en el cual habrán de reposar para siempre, y dicen que el rey Carlos I de España solía, en vida, representar y ensayar las ceremonias de su propio entierro.

—Eso es casi una enfermedad —musitó la muchacha—. Se llama tanatofilia.

El llamado Charles no pareció molestarse por aquella observación.

—En fin, sin duda la he sorprendido desagradablemente —dijo—. Crea que lo siento, y confío que sabrá perdonarme. Por cierto, no crea que me he preocupado de comprarme mi propio ataúd. ¡Oh, eso no! La que acaba de ver es una auténtica pieza de museo. La extrajimos de los jardines de la casa hace varios años, pues existió un antiquísimo convento benedictino con su cementerio.

—Sí, claro —dijo Suzanne, molesta por aquella conversación—. He adivinado enseguida que se trataba de una pieza antigua.

—La desenterramos hace largo tiempo. Estaba dentro de un sarcófago de plomo, y por eso se conservaba tan magníficamente. En cuanto al cadáver, debido al tiempo transcurrido y al clima tan húmedo de París, ya no quedaba nada. Había desaparecido por completo.

—¿No... no podríamos hablar de otra cosa?

—Sí, claro... —exclamó Charles—. ¿Cómo no me he dado cuenta de que esta conversación no es para usted? Perdóneme de nuevo por haber insistido. Bien... ¿quiere beber algo?

Suzanne denegó con la cabeza, a pesar de tener seca la boca. La verdad era que no hubiese podido tragar ni una gota en aquel ambiente. Incluso respirar le costaba.

—Está bien. En ese caso, la dejaremos sola.

—¿Sola?

—Sí, claro. Es mejor que usted y Alex se vean sin testigos por última vez. Es cierto lo de su boda con el señor Bernier, comisario principal de la policía francesa, ¿no?

—En efecto, es verdad.

—Pues esto será una despedida.

—Yo no necesito ver a Alex sin testigos —dijo ella secamente—.

Sólo quiero que me devuelva mis cartas y en paz. Se las he pedido cien veces y nunca he obtenido respuesta. ¿Es que Alex no comprendía que lo nuestro ya pasó, que fue una chiquillada? ¿Por qué conservar unas cartas que podían comprometerlo? Lo caballeresco era devolvérmelas enseguida.

—Claro, claro. Y por eso nosotros, los tíos de Alex, intercedimos.

—¿Ustedes son, en efecto, tíos suyos?

—Por supuesto. Ya se lo dijimos al citarla.

—Claro... Perdonen la pregunta. Tengo la sensación de que en cierto modo me comporto como una tonta.

—Oh, es natural... Usted debe sentirse aturdida en este ambiente que no conoce. Pues, como le decía, nosotros intercedimos cerca de nuestro sobrino Alex. Le dijimos que no era lógico que conservara unas cartas sentimentales de una muchacha que iba a casarse con otro. Él lo comprendió y prometió devolverlas.

—¿Por qué no me contestó directamente?

—Hubo de hacer un viaje urgente, y nos encargó a nosotros que la escribiéramos para no perder más tiempo con este asunto. Se daba cuenta de que cada día que pasaba era un sufrimiento más para usted. Y ayer llegó. Por eso la citamos.

—¿Él traerá las cartas?

El viejo Charles, que era quien había hablado hasta aquel momento, hizo un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Sí, señorita.

—¿Y por qué hemos de vernos a solas? No comprendo la razón.

Ahora fue la vieja Grete quien dijo:

—Ustedes fueron novios un año.

—¿Y qué?

—Eso deja huella en un hombre sensible como es Alex. La verdad es que usted le despreció porque le parecía poca cosa. No trato de reprochárselo, señorita Suzanne, pero él se sintió muy dolido. Debido a eso solicita como un favor especial que le permita despedirse para siempre de usted.

Suzanne se mordió nerviosamente el labio inferior.

—Eso podría parecerme razonable, pero en otro sitio. Aquí no me parece oportuno verme con un hombre a solas.

—¿Desconfía usted de Alex?

Suzanne denegó lentamente con la cabeza.

—No, la verdad es que Alex siempre se comportó como un caballero. No tengo ningún motivo para desconfiar de él.

—Además —rió el viejo Charles, con su boca desdentada—, una casa donde hay un ataúd no se presta demasiado para escenas de amor, ¿verdad?

—No, desde luego. ¿Cuándo vendrá Alex?

—Dentro de media hora, aproximadamente.

—¿Pero por qué se marchan ustedes?

—Hemos de firmar sin falta unos documentos para nuestra jubilación en el Ministerio de Educación —dijo el extraño viejo—. Si no lo hacemos hoy, perderemos nuestros derechos. Mi esposa Grete y yo somos profesores de Historia jubilados. ¿No lo sabía?

—No. Es que... no tenía el gusto de conocerles a ustedes.

Grete lanzó una risita nerviosa.

—Claro... ¡Qué estúpido eres, querido Charles! ¿Cómo va a conocer ella nuestras preocupaciones por conservar una jubilación que a duras penas nos da para ir malviviendo? Eso son asuntos que no le interesan. —De pronto miró a Suzanne con sus enigmáticos ojos grises—. Pero para nosotros es muy importante, señorita, se lo juro. Si perdemos esos derechos, va a ser el desastre. De modo que nos perdona, ¿verdad?

Se habían puesto en pie. La muchacha les imitó.

—Naturalmente. ¿Pero qué voy a hacer yo en esta casa mientras espero? ¿No pueden aguardar media hora?

El viejo Charles consultó el monumental reloj, cuyo tic-tac continuaba llenando aún las pausas de la conversación.

—Usted se ha retrasado, señorita Suzanne. No podemos aguardar más. Compréndalo; se trata de nuestra jubilación.

—Y usted puede mirar unas revistas mientras auto —añadió Grete.

—Está bien —dijo, resignándose.

Los dos ancianos se alejaron. Caminaban como sombras, pegados a las paredes, igual que si se esfumaran en el aire quieto de la casa. «Los muertos deben andar así —pensó Suzanne, no supo bien por qué—. Al cabo de un tiempo de estar en el ataúd de tener esos mismos huesos que blanquean y esa cara...».

Oyó la puerta de la casa al cerrarse.

Luego, nada. Una ráfaga de lluvia más violenta que las otras restalló de pronto sobre los cristales. El

tic-tac

del enorme reloj pareció llenar la habitación entera.

Suzanne pensó: «Media hora...».

Dentro de media hora como máximo, Alex estaría allí. Le daría las cartas y podría marchar. Pero sólo con que él llegase, con que no se sintiera tan espantosamente sola, ya todo sería distinto.

Suzanne respiró con fuerza, y fue entonces cuando escuchó unos pasos lentos y pausados en el jardín delantero de la casa.

SEIS

Había sido Bernier quien dijo aquello la noche anterior:

—¿La reconocerías?

Lo había preguntado con voz ronca, con los puños apretados de manera salvaje, mientras el rostro pálido de Besnard se ponía a temblar levemente bajo la luz de la lámpara.

—¿La reconocerías, cochino?

—Si tuviera una foto, sí.

Bruscamente, las manos de Bernier se habían puesto a temblar también. Sus dientes entrechocaron. Fue Harris, más joven que él, quien se dio cuenta de que algo anormal sucedía, quien se percató de que aquello no tenía nada que ver con los casos corrientes y molientes que ellos trataban todos los días.

Y, sin embargo, aquello no parecía tener nada de particular. Un hombre se confesaba autor de un asesinato. ¿Y qué? ¿Por qué Bernier tenía que ponerse de aquella manera?

—¿Qué te sucede? —preguntó Harris.

—¡Nada! He hecho una pregunta a este tipo.

—¿Pero cómo vas a enseñarle una fotografía de la víctima si no tienes la menor idea de quién puede ser esa mujer?

Los dientes de Bernier seguían entrechocando.

Dejó sobre la mesa la foto en que se veía a Suzanne con su vestido verde, sus medias con costura, su bolso de piel de cocodrilo, sus líneas rotundas, su seducción femenina, que parecía saltar del papel, llegar rectamente hasta lo más secreto de los sentidos.

—¡Mira! —aulló—. ¡Mira!

Besnard miró.

De pronto, sus ojos se dilataron de horror y sus dedos se pusieron a temblar espasmódicamente.

—¿La reconoces? —aulló Bernier—. ¡Mírala bien, buitres! ¡Ensúciala con tu cochina mirada babeante y dime de una vez si es

ella!

Los labios de Besnard apenas lograron entreabrirse para decir:

—Lo es...

—¿Tú mataste a esta chica?

—Sí...

—¿Ella te sirvió de modelo?

—Sí...

—¿Desnuda?

—Pues... sí.

—¿Y es la misma a la cual llevaste en tu coche a un lugar oscuro, para babearla bien?

Besnard sudaba. Sus finos dedos seguían temblando como los de un epiléptico.

—Sí...

—¡Mírala bien y no te equivoques! ¿Es ella?

—Seguro... que sí...

Las dos manos de Bernier se movieron de repente. Dio la sensación de que no podía evitarlo. Con todas sus fuerzas abofeteó a Besnard, derribándolo de la silla y haciéndole rodar por el suelo con los labios bañados en sangre.

Luego se arrojó sobre él.

—¡Maldito bastardo, sapo, hijo de zorra! ¡Tú no has podido hacer eso con ella! ¡No has podido, perro...!

Iba a patearlo cuando entre Harris y Berthelot lo detuvieron. Besnard, sorprendido, aullaba de terror. Recibió dos puntapiés y se acurrucó en un rincón. Fue Harris el que tuvo que sujetar al comisario, haciéndole objeto de una dolorosa presa.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, maldito!

—No puedes hacer eso, Bernier. Te juegas la carrera. No seas imbécil y piensa que aquí debe haber un error.

Bernier, resoplando como un animal herido, fue relajando sus músculos poco a poco.

—Un error...

—Claro que sí. ¿Cómo puedes pensar que Suzanne haya servido de modelo? ¿Cómo quieres que haya ido con ese tipo? Anda, hay un modo sencillo de comprobarlo.

Bernier, resoplando, se dirigió a su mesa y descolgó el teléfono.

—Sí —dijo—. Hay una manera.

Marcó el número de Suzanne, que él conocía bien. A aquella hora tenía que estar en casa, seguro. Ella disiparía en un instante aquella pesadilla. Ella le contestaría...

Al otro lado del cable, el hilo sonó insistentemente.

Sonó de una forma inútil, angustiosa, una y otra vez.

Por fin, Bernier, con las facciones lívidas, colgó el teléfono lentamente.

SIETE

Bernier colgó el teléfono, pero con mano temblorosa. Sus facciones se habían vuelto color tierra.

Harris era el que estaba más cerca. Apretó los labios.

—¿Qué ocurre?

—Suzanne no contesta.

—No es posible. Es hora de que esté en su apartamento. ¿Vive sola?

—Sí. Tú ya la conoces. Vive sola en un pequeño apartamento de la rue Soufflot, en el Barrio Latino.

Harris hizo un gesto de decisión.

—Vamos allá.

Los dos hombres giraron hacia la puerta. El comisario principal Bernier vio en el suelo, estremeciéndose aún, a aquel hombre delgado, vestido de negro, que aseguraba haber matado a su prometida. La visión de Besnard le produjo una especie de náusea.

Se lanzó de nuevo sobre él, y antes de que los otros pudieran evitarlo, le golpeó de nuevo con el pie. Besnard se puso a gemir. Sus afilados dientes entrechocaron mientras escupía sangre.

—¡Déjalo! —gritó Berthelot—. ¡Va a presentar una denuncia contra ti! ¡Vas a hundir tu carrera!

Pero Bernier no lo hubiera dejado si no llegan a sujetarle los otros. Al fin consiguió calmarse, mientras Besnard se ponía trabajosamente en pie.

—Llévalo a una celda incomunicado —ordenó Bernier al taquígrafo, que aún continuaba allí—. Pasaremos nota de la detención al juez ante de las veinticuatro horas.

Mientras salía junto con Harris, Bernier añadió:

—Claro que no podré hacerlo si no aparece el cadáver de Suzanne. Su confesión no basta.

—¿Es que has pensado ni por un momento que el cadáver de

Suzanne va a aparecer? —preguntó Harris, abriendo la portezuela del coche—. ¿Es que crees posible que ella haya posado desnuda para un tipo así?

—¡Naturalmente que no!

—Entonces, no te preocupes.

—No me preocupo, pero... ¡pero ese buitre la reconoció en la foto!

Harris, que estaba mucho más sereno, dio al gendarme la dirección de la rue Soufflot y encendió un cigarrillo antes de decir:

—¿No has pensado en que podría tratarse de una broma?

—¿Qué clase de broma?

—Imagina que ese tipo supiera que tú vas a casarte con Suzanne. Se presentó a ti, concretamente a ti, no a cualquier policía. Tú tuviste la sensación de haberlo descubierto en aquel portal, pero hay motivos para pensar que no lo hubieses visto si él no hubiese querido. Y luego el tipo te larga lo de esa muchacha. Ha conseguido volverte loco...

Bernier apretó los puños salvajemente.

—Te juro que si es una broma, va a lamentar hasta el día en que nació su madre.

—Yo te aconsejo que lo dejes marchar. En todo caso, se le puede imponer una multa. No hace falta llevar las cosas demasiado lejos, Bernier. Cásate y en paz.

Dijo «cásate» con una voz extraña. Bernier le miró.

—Parece como si a ti te supiera mal.

—¿El qué?

—Que me case con Suzanne.

—¿Por qué ha de saberme mal? Tú ya tienes edad para formalizar tu vida; en cuanto a ella, apenas la conozco.

—¿Pero habíais coincidido alguna vez en el Museo Carnavalet?
[1], ¿verdad? ¿Por qué?

Harris se encogió de hombros.

—¿A qué viene eso? A mí me gustan las cosas antiguas.

—Y a Suzanne también. Es extraño... En cambio yo odio todo lo que no sea nuevo, acabado de hacer. Supongo que eso no va a ser un inconveniente para la buena marcha de nuestro matrimonio. En fin, ¿para qué hablar? Ya estamos llegando a la rue Soufflot.

El edificio donde estaba el apartamento de Suzanne era viejo y

en parte había sido habilitado para oficinas. En los bajos había una monumental academia, cuyos anuncios estaban encendidos durante toda la noche. Más arriba, despachos sombríos donde, sin embargo, parecía latir esa imperceptible poesía del Barrio Latino. Los dos últimos pisos estaban destinados a apartamentos, desde cuyos balcones se divisaba el cercano panteón.

Harris dijo, mientras encendía un cigarrillo:

—Me quedaré.

—Tardaré sólo cinco minutos.

Bernier salió al galope, subiendo las escaleras. La puerta de la calle estaba abierta, pues algunas oficinas terminaban su jornada después de la medianoche. Pulsó nerviosamente el timbre del apartamento de Suzanne.

Nadie abrió.

Bernier consultó su reloj, constatando que era una hora más que normal para que una muchacha honesta estuviera en la cama. Sola, naturalmente. Y él sabía, por haberla llamado a veces, que Suzanne siempre estaba acostada a aquellas horas.

Volvió a llamar.

Era absurdo, completamente ilógico, pero nadie contestaba.

Bernier se dio cuenta de que temblaba su mano derecha.

«Aquel imbécil ha conseguido ponerme nervioso —pensó—. Nunca me había ocurrido...».

Llamó por tercera vez, perdido ya el sentido de la medida. El timbre armó un verdadero escándalo dentro del apartamento.

Bernier se dio cuenta de que por sus facciones había empezado a resbalar un sudor helado.

A pesar de que no tenía ninguna clase de autorización para forzar aquella puerta, Bernier extrajo de uno de sus bolsillos la ganzúa plegable que solía llevar siempre consigo y maniobró expertamente en la cerradura. Ésta saltó un par de minutos después.

Encendió la luz del apartamento. Éste tenía el aire dulce, acogedor, íntimo, que suelen tener las habitaciones de las mujeres bonitas. Sobre la cama había tendidas un par de medias. De uno de los cajones de la cómoda sobresalían los encajes de una combinación.

Bernier paseó su mirada desolada por la gran habitación vacía cuando oyó aquella voz a su espalda.

—¿Quién es usted?

El comisario se volvió. Una mujer de media edad, cubierta con una bata acolchada, le contemplaba desde el rellano. En sus ojos pequeños brillaba una lucecita hostil.

—Soy el prometido de la señorita Suzanne —dijo Bernier, con fingida calma—. Me extraña que no me haya visto por aquí otras veces. ¿Sabe dónde está ella?

La barbilla de la mujer tembló un momento, mientras la expresión de sus ojos cambiaba. Hubo algo muy extraño, casi dramático, en aquel simple cambio de expresión.

—Creí que lo sabía —balbució la mujer—. ¡Oh, siento haber tenido que decírselo yo!... Pero creí que sabía ya que Suzanne ha muerto.

OCHO

Suzanne oyó aquellos pasos sonando sobre la gravilla del jardín, muy cerca de la puerta.

Ya había vuelto a cesar la lluvia. Por una de las ventanas, que estaba abierta, penetraban los intensos efluvios del jardín, cargado de humedad; de las hojas verdes y repletas de savia. El silencio era tan intenso que el campanillazo de la puerta pareció poner a conmoción la casa entera.

«Ya está Alex ahí», pensó Suzanne.

Aquel pensamiento, a pesar de que la situación no resultaba agradable para ella, le produjo un intenso alivio. Llevaba apenas unos minutos en aquella casa y la soledad se le estaba haciendo insoportable.

Abrió la puerta.

Tuvo un gesto de decepción que no pudo evitar cuando, en lugar de hallarse frente a Alex, vio a un hombre pequeño, esmirriado, vestido de negro, que la miraba a su vez por encima de unas antiparras en forma de alubia.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombrecillo.

En su voz había un cierto tono agresivo que no gustó para nada a Suzanne.

—Una amiga de los dueños de esta casa.

—¿De quiénes...?

—De los dueños de esta casa. O de los inquilinos, mejor dicho.

—No comprendo.

—¿Cómo que no entiende? —Suzanne estaba nerviosa, no podía evitarlo—. ¿Es que hay algún modo de decirlo con más claridad? ¿O tal vez los inquilinos no pueden tener amigos?

El hombrecillo bizqueo.

—Siempre que haya inquilinos, claro; pero en este caso...

—Ahora soy yo la que no entiende.

—Quiero pasar a ver la casa —dijo el hombrecillo, con impaciencia.

—¿A verla? ¿Con qué derecho?

—Soy el administrador.

Suzanne apretó los labios, sintiendo que el nerviosismo se apoderaba poco a poco de sus sentidos, haciendo nacer en ella sentimientos hostiles hacía todo el mundo. Lo razonable hubiera sido dejar entrar a aquel hombre, ya que así no se hubiera sentido tan sola, pero le resultó instintivamente antipática su forma de proceder.

—Aunque fuera uno de los antiguos reyes de Francia, yo no le dejaría entrar a verla —dijo secamente—. Vuelva más tarde, cuando estén el señor Charles o la señora Grete.

El hombrecillo bizqueó otra vez.

—¿El señor Charles? ¿La señora Grete? ¿Pero está usted loca o qué?

—¿Loca?

—¡Oiga, menos bromas!

—¡La que no quiero bromas soy yo! —gritó Suzanne, mientras cerraba la puerta de un golpetazo—. ¡Yo no puedo enseñar la casa a desconocidos! ¡Vuelva cuando le parezca!

La voz del hombrecillo se oyó desde el otro lado de la hoja de madera.

—¡Le advierto que tengo una llave!

—¿Y por qué no la ha usado desde el primer momento?

—¡Porque he visto huellas frescas en el jardín y he pensado que estaría aquí Jules, mi ayudante! ¡Pero la advierto que soy capaz de entrar!

—¡Hágalo y llamare a la policía!

Se oyó refunfuñar al hombrecillo mientras se alejaba.

—¡Claro que volveré! ¡Pues no faltaría más! ¿Pero quién podía pensar que en esta casa había una loca?

Desde una de las ventanas, Suzanne le vio alejarse, cerrando bruscamente la cancela del jardín.

Se sentó en una de las butacas, cerca de la misma ventana, apoyando la mandíbula en uno de sus puños.

No hubiera podido decir por qué, pero se sentía profundamente enojada e intensamente abatida.

Aquella conversación sostenida con el hombrecillo había sido absurda. ¿Por qué revisar la casa? Claro que un administrador puede hacerlo si existe alguna razón, aun en contra de la voluntad del inquilino. Pero la actitud del hombrecillo no había sido lógica, ni tampoco normal. Parecía como si de un tiempo a aquella parte todos se hubieran puesto de acuerdo para transformar el mundo en una especie de visión de pesadilla.

Suzanne encendió un cigarrillo, tratando de dominar su nerviosismo.

Mientras las azules volutas evolucionaban por la habitación, consultó su reloj. Hacía ya más de media hora que estaba sola allí. ¿Por qué no venía Alex? ¿Por qué se retrasaba tanto?

Una inquietud a la que no sabía dar nombre, que no acertaba a explicarse, la iba invadiendo por momentos.

En la casa se encajonaba el silencio. Parecía como si allí pudiera palparse, como si fuera una cosa viscosa y concreta.

Suzanne se puso entonces en pie, concluido su cigarrillo, y se dijo que lo mejor que podía hacer para pasar el tiempo era darse una vuelta por la casa. Ello, de paso, le serviría para satisfacer la curiosidad propia de todas las mujeres.

Avanzó por el pasillo y tuvo un estremecimiento.

Ya no lo recordaba, pero en la habitación donde antes viera el ataúd seguía temblando el resplandor vacilante de los cirios.

Suzanne fue allí con paso decidido y cerró la puerta. El resplandor de los cirios desapareció. Y aunque aquella luz seguía tremolando más allá de la hoja de madera, casi inmediatamente Suzanne se sintió más tranquila.

Al pasillo se abrían las puertas de dos habitaciones más.

La muchacha abrió la primera y vio que se trataba de una cocina antigua, donde aún había todo lo necesario para el alumbrado con gas. La otra puerta daba a un cuarto de aseo decorado con viejas cerámicas color azul que producían una indefinible y aplastante sensación de tristeza.

Volvía a llover. Se oía el rumor del agua cayendo sobre el tejado de la casa.

Suzanne volvió a la salita donde estuviera antes, la cual debía servir al mismo tiempo de comedor. Vio que había otra habitación contigua a esa salita, a la cual se entraba por una puerta de doble

hoja.

La empujó.

El cuarto consistía en un dormitorio de roble, formado por muebles barnizados con colores oscuros. Había una cama monumental, un armario y una ventruda cómoda. Las persianas estaban bajadas, de modo que en el dormitorio imperaba la oscuridad, sólo rasgada por la luz que venía de la salita contigua.

Suzanne dio vuelta al conmutador de la luz y se acercó a la cómoda.

Movida por la curiosidad, abrió el primer cajón. No había en este nada de especial, salvo algunas sábanas viejas, amarillentas y sin valor. Daba incluso cierta angustia tocarlas. En el segundo cajón no había absolutamente nada. Y en el tercero, sólo viejos papeles y periódicos de otra época, en cuyos titulares se hablaba de la crisis de Wall Street de 1929.

Suzanne iba a cerrar aquel último cajón con un gesto de hastío cuando le pareció que había algo duro debajo de los periódicos.

Los levantó.

Vio que lo que había allí abajo no era nada, o casi nada. Unos viejos retratos enmarcados en caoba.

Pero, sin embargo, había en ellos algo. Algo que la hizo estremecer de horror.

Suzanne cerró el cajón de golpe, mientras sus labios contenían a duras penas un grito.

NUEVE

Harris vertió *whisky* en un alto vaso y lo bebió lentamente, con los ojos entrecerrados.

Sobre París caía la lluvia. Habían transcurrido dieciséis horas desde que Bernier entró en el apartamento de la rue Soufflot, encontrándose con unas medias sobre una cama, unas puntillas sobresaliendo de un cajón y una mujer de media edad que le había dicho que Suzanne estaba muerta. Dieciséis horas.

Eran, aproximadamente, las cuatro de la tarde y llovía a rachas, de una forma caprichosa, como si la lluvia fuera una mujer. A ratos, las gotas chocaban contra los cristales con estruendo y a veces parecía incluso como si fuera a salir el sol. A Harris y a Bernier, que no habían dormido en toda la noche anterior, aquello les crispaba los nervios.

En su apartamento de la rue de Gay-Lussac, cerca de los jardines del Luxemburgo, Bernier bebía vaso tras vaso de *whisky*, pero, a pesar de eso, su cerebro tenía una especie de claridad siniestra. No conseguía embrutecerse ni olvidar.

Harris se sentó frente a él.

—¿Lo examinamos otra vez?

—Lo hemos estudiado cien veces, Harris, desde anoche, como si fuera un rompecabezas. ¿Y para qué?

—Quizá ahora demos con la clave. Tiene que haberla. Por fuerza tiene que haber una solución sencilla en un caso así. El mundo no es una pesadilla, sino una bola en forma de huevo donde las cosas suceden siempre con arreglo a una lógica. Vamos a buscarla aquí.

Bernier consultó su reloj.

—Dentro de unas horas tendré que presentar alguna prueba ante el juez o hacer que suelten a Besnard.

—Por eso mismo hemos de darnos prisa.

—Está bien —bebió un salvaje trago de *whisky*—. Pues

examinemos las cosas de nuevo.

—Empecemos por Suzanne. ¿Qué vida solíais llevar? ¿Cuándo os veíais?

—Muy pocas veces. Tú sabes que me he pasado semanas enteras sin apenas un descanso para dedicarlo a mi vida privada.

—¿Pero cuándo os veíais?

—Los domingos, alguna vez.

—¿Te llegó a producir la sensación de que en su vida hubiese... algún hombre aparte de ti?

Bernier estaba nervioso. Le temblaban las manos, que había intentado descansar sobre las rodillas.

—¿Y cómo hubiera podido notarlo?

—Hay diversos síntomas. Por ejemplo: ¿te habló ella de otro hombre alguna vez?

—Sí, de ti.

Harris se sorprendió. Abrió mucho los ojos y sus hombros de atleta parecieron sufrir una sacudida.

—¿De mí?

—Por lo visto te tenía en muy alta consideración. Eres el único de mis amigos que ella apreciaba —dijo Bernier, socarronamente—. Pero tú no te pareces a ese microbio de Besnard. Era imposible que con un tipo como Besnard tuviese nada.

—De modo que, al parecer, lo que ha dicho Besnard es una mentira.

—Sí, eso creo.

Harris, que había tomado docenas de notas, rompiéndolas después, fue apuntando nuevamente.

—Mentira... —susurró—. Sí, eso parece lo más lógico —y, de pronto, disparó—: ¿Cuál era la posición económica de Suzanne?

—¿Qué quieres decir?

—Que si tenía dinero.

—Pues... no sé. Vivía de su empleo en los Archivos Nacionales, ya lo sabes. Supongo que tendría para sus gastos y de vez en cuando pasaría sus apurillos, como todo el mundo. Pero para mí era una muchacha de posición modesta, aunque...

—¿Aunque...? —invitó Harris.

—Suzanne, como sabes, es de ascendencia judía, y de los judíos nunca se puede estar seguro en ese aspecto. Nunca sabes si tienen

dinero o no.

—¿Recuerdas algún detalle concreto de Suzanne?

—¿Pero qué tiene que ver el dinero con lo sucedido? ¿Qué relación puede tener un puñado de francos con lo que ha contado ese loco de Besnard?

—Todo puede ser importante. Di... ¿recuerdas algo?

—No sabría decir... ¡Conozco tan pocas cosas del pasado familiar de Suzanne!

—Sus padres fueron eliminados por los nazis en el campo de exterminio de Auschwitz. Eran judíos bastante conocidos en París. Su padre, un buen abogado, y su madre, una doctora especialista en niños.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, abruptamente, Bernier—. ¿Sabes que te has interesado mucho por Suzanne?

—Ella nunca me lo dijo. Simplemente ocurre que, por curiosidad, me he interesado por algunas de las personas que desaparecieron de París durante la guerra.

—¿Y qué sabes de ellos?

—Murieron con dignidad. La madre de Suzanne estuvo cuidando niños hasta el último momento, a pesar de saber que luego los asesinarían. Estuvo atendiéndolos hasta que la mataron a ella también.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo ocurrido?

—No lo sé... Confieso que lo ignoro, pero por algún lugar hemos de sacar la luz. Ella debía hablarte alguna vez de sus padres, aunque no fuera con detalle. ¿Te dijo si tenían dinero?

—Puede que lo tuvieran al ser deportados a Auschwitz, pero en todo caso, es seguro que allí no les dejaron nada. Ya sabes que los pisos vacíos de los judíos eran ocupados, además, inmediatamente por los hombres de las SS, quienes se llevaban todo lo de valor.

—Pero habría una posibilidad de haber salvado el dinero.

—¿Cuál?

—Depositándolo en un banco extranjero cuando aún hubo tiempo para hacerlo. Un banco de un país neutral.

—¿Quieres decir español o suizo?

—Suizo concretamente. Ese país tiene tradición entre la gente rica de todo el mundo.

—¿Y qué? Han pasado muchos años...

—Pero Suzanne sabría algo.

Bernier se frotó la barbilla ásperamente.

—No sé... Con Suzanne nunca hablamos de dinero ni de su situación familiar. Aunque ahora recuerdo... Bueno, es una sensación algo confusa. No sé sí, en efecto, me dijo cierta vez algo referente a un banco suizo.

—¿Qué era? Trata de recordar...

—¿Por qué? Eso no puede tener ninguna relación con lo que ha sucedido aquí.

—No obstante, intenta recordar.

Bernier se llevó ambas manos a la cabeza, mientras apretaba los labios en una mueca.

—Comprendo... ¡De Suzanne me interesaban otras cosas! Si me habló de un banco suizo, yo no puse la menor atención. Quizá me dijo que había firmado unos poderes para retirar un dinero que de todos modos no creía le entregasen. Debí ser algo así... Yo no presté atención, y en cuanto a Suzanne, parecía que le molestase hablar de aquello. Lo había olvidado por completo hasta este momento: pero, de todos modos, es imposible que tenga la menor importancia.

—¿No pudiera ser que esos poderes estuviesen firmados a favor de Besnard?

—¡Imposible! A ese imbécil de Besnard ni siquiera lo ha conocido nunca. Eso es lo único de lo cual estoy seguro.

—Tal vez estemos dando vueltas a una cosa que no tiene sentido, en efecto —reconoció Harris—; pero, de todos modos, ya hemos avanzado algo. Existe una remotísima posibilidad de que haya una cuestión de dinero detrás de todo esto.

—¡Lo único que hay es un asunto de locos!

—Sigamos con lo de Suzanne —dijo Harris implacablemente, sin hacer caso del nerviosismo de Bernier—. ¿Qué aficiones tenía?

—¿Aficiones?

—Sí. ¿A qué dedicaba su tiempo libre?

—Pues... no sé. La verdad es que...

—La realidad es que sabes muy pocas cosas sobre Suzanne.

—¿Y a ti qué te importa?

Harris levantó la mirada lentamente.

—Estoy queriendo ayudarte, Bernier.

—Y estás intentando hallar a Suzanne.

—Bueno, dejemos eso, ¿quieres? Claro que estoy intentando hallarla, pero eso es lo único razonable que puede hacerse en estos momentos.

Bernier sorbió medio vaso más de *whisky*. Parecía como si su inteligencia se fuera nublando poco a poco.

—Suzanne era una chica retraída, silenciosa. Parecía como si su trabajo en los Archivos Nacionales le hubiera ido impregnando el carácter. Sé que iba poco al cine y algunas veces al teatro, pero siempre para representaciones de autores clásicos. Nunca supe que tuviera una afición especial, excepto...

—¿Excepto qué?

Bernier se mordió los labios antes de decir:

—Suzanne ama el dinero.

—¿Cómo quieres decir? ¿Anhela ser rica?

—Ése sería un deseo muy natural, después de todo. Creo que hay muy pocas personas a quienes la riqueza no les importa. Pero daba la sensación de que Suzanne sufría por ese problema. Desde niña, desde que logró escapar de las garras de los nazis, que ya la llevaban a un campo de exterminio, ha sido una muchacha desamparada. Se ha visto humillada muchas veces y ha trabajado en oficinas oscuras y sin ningún porvenir, hasta lograr conseguir una plaza relativamente buena en los Archivos Nacionales. Yo creo que por eso anhela una seguridad, y en este mundo, la seguridad sólo la da el dinero. Tal vez por eso... —musitó de mala gana—, quizá por eso haya accedido a casarse conmigo.

Harris guardó silencio unos instantes, mientras miraba hacia otro sitio. Al fin dijo:

—Tú no eres rico, Bernier.

—Pero tengo por delante una bonita carrera, no puede decirse que esté en mala posición. A una mujer como Suzanne he podido parecerle un buen partido.

—De todos modos, eso no resuelve lo que nos interesa. No veo que nada de lo que decimos tenga relación con Besnard.

—No, no la tiene.

Harris se puso en pie, avanzando hacia el balcón. Era más joven que Bernier, pero lo parecía aún en mayor grado cuando la luz gris de aquella tarde dio sobre su rostro. Apretó los labios y miró hacia

el cielo, donde por unos momentos había cesado la lluvia.

—Si es que Suzanne está viva efectivamente, ¿dónde se encontrará? —musitó—. ¿Dónde infiernos puede estar ahora una mujer como ella?

DIEZ

En aquellos momentos, Suzanne no se encontraba demasiado lejos de allí, teniendo en cuenta lo largas que son las distancias en París. Elevándose desde los tejados de la rue Gay-Lussac, un helicóptero hubiera visto el suburbio de Thierry fácilmente. Pero ni Harris ni Bernier tenían en aquel momento la menor idea del lugar donde podía encontrarse la muchacha.

También había dejado de llover sobre la casa donde ahora se encontraba Suzanne.

Y ésta había contenido un grito de horror.

¿Por qué?

Era por aquellos dos retratos.

Era por las fotografías que acababa de descubrir bajo la ropa, en el último cajón de la panzuda cómoda, las dos tenían ese color sepia que parece característico de las cosas viejas, y representaban a dos ancianos de unos sesenta o sesenta y cinco años cada uno. Ambos se parecían mucho a los que poco antes le percibieran en la casa; es decir, a Charles y a Grete, aunque no estaba segura de que fuesen los mismos.

Pero no fue eso lo que estuvo a punto de hacer lanzar un grito a Suzanne. No, no fue eso, sino las pequeñas plaquitas doradas que había en la parte inferior de los marcos de los retratos.

Esas plaquitas eran como pequeñas inscripciones funerarias. Decía la primera:

«Charles Pascal. 1899-1962».

Y la segunda:

Grete Pascal. 1900-1961».

Aquello se trataba, sin duda alguna, de una fecha de nacimiento

y otra de defunción.

Es decir, las dos personas a las que ella acababa de conocer... ¡estaban muertas!

Suzanne creyó sentir el impacto en su propio cráneo cuando los dos retratos cayeron al suelo, rompiéndose los cristales que los protegían.

Rehaciéndose, los miró. La inclusión de aquellas plaquitas allí podía tratarse de una broma, pero nadie hace bromas de esa clase, sobre todo si, una vez colocadas las plaquitas con las fechas, había de ocultar los retratos en un cajón donde no los viera nadie. No, aquello no era una broma, sino una macabra realidad. Las fechas de los nacimientos y de las defunciones debían ser ciertas.

¿Pero entonces?...

Suzanne sintió que el frío ascendía por su espalda hasta llegar a la nuca, como una columna de mercurio asciende por el tubo del termómetro.

Contuvo la respiración.

Le había parecido que alguien caminaba suavemente por el pavimento de la casa.

Salió de la habitación, después de guardar apresuradamente los retratos en el último cajón de la cómoda, donde los había encontrado. Había tenido la sensación de que los pasos sonaban allí cerca.

Pero al salir no vio más que el largo pasillo silencioso, donde la luz gris hacía brillar las baldosas tenuemente.

Con nerviosismo, registró las habitaciones una por una, excepto la del ataúd. En ésta no quiso entrar porque le produjo una especie de escalofrío pensar en la luz de los cirios. No encontró a nadie en la casa. ¿Habría sufrido una alucinación? ¿Empezaría ya a tener pesadillas, cuando sólo llevaba una hora en aquella casa?

Fue otra vez a la salita desde la que se divisaba el jardín. Todo estaba húmedo, sombrío, pero, al mismo tiempo, deliciosamente poético. Recordó, sin saber por qué, una célebre pieza musical que no había oído desde bastantes años antes: *Jardines bajo la lluvia*.

Pero ahora no había que pensar en eso.

La situación era insostenible. No podía seguir allí, aguardando no sabía qué y con el corazón encogido. ¿Por qué no venía Alex?

¿Por qué se estaban burlando de ella?

Abrió la puerta y salió al jardín.

Allí se sintió más libre, más tranquila. Pero no dejaba de ser inquietante aquella sensación de soledad que daba la casa entera, pese a estar tan cerca de París. Más allá de la verja se divisaba el descampado, tras el que estaban las otras casitas de la bifurcación de Thierry. Pero desde el lugar en que se encontraba Suzanne solo era posible distinguir los tejados de las más próximas, pues el descampado formaba una convexidad que ocultaba las casas parcialmente. No se oía tampoco desde allí ningún ruido, ni siquiera los del autobús que debía pasar cada cuarto de hora.

La sensación de soledad era agobiante, absoluta. Suzanne vio que en un ángulo del jardín, casi en la parte posterior de la casa, había una pequeña piscina. Pero estaba llena de agua turbia, descuidada durante meses y meses, en la que era imposible distinguir el fondo.

Parecía como si allí, un poco más abajo de las aguas opacas, hubiese de empezar otro mundo.

Suzanne, sintiendo los mismos escalofríos en la espalda, regresó poco a poco a la casa.

El silencio le pareció más denso y pesado que nunca. La sensación de soledad llegaba a ser abrumadora.

¿Soledad?

No, la muchacha no estaba sola en el sentido exacto de la palabra. Y lo comprendió al ver a Grete en el suelo, muy cerca de la cómoda que antes había llamado tanto su atención.

Grete estaba muerta. La habían matado de una certera cuchillada, aunque daba la sensación de que ella pudo llegar a defenderse, porque sostenía una «German Luger» entre sus dedos sin vida.

Suzanne se llevó las manos a los ojos, mientras hacía esfuerzos terribles para no lanzar un alarido.

Luego corrió alocadamente hacia la salida y saltó incluso por encima de la verja, subiéndose la falda, porque tuvo la sensación de que ni siquiera le quedaban fuerzas para abrir la cancela.

Le costaba respirar.

Pero pensó que tenía que serenarse, que debía mantener el dominio de sí misma, porque de eso dependía su propia vida.

Suzanne tenía una poderosa voluntad. Y consiguió que, al llegar a la cercana parada del autobús, su rostro pareciese una máscara.

ONCE

Bernier la recibió con una expresión de incredulidad tan absoluta que por unos momentos su rostro incluso pareció cómico. Pero, de repente, lanzó u grito ronco y toda aquella incredulidad se transformó en una brusca explosión de alegría.

En ese momento se dio cuenta la muchacha de como la quería Bernier, o quizá de cuánto la deseaba.

Los labios de Bernier buscaron ávidamente los suyos, mientras las manos martirizaban su cintura, sus caderas, en una brutal caricia.

Bernier la dobló contra sí, la estrujó, bebió ávidamente en sus labios, sin darse cuenta de que estaba en su despacho oficial y de que otro hombre, en este caso, Harris, era testigo de la escena.

Fueron los ojos de Harris precisamente los que inmovilizaron del todo a Suzanne. Ella no había respondido apenas al brutal abrazo de su prometido pero cuando notó los ojos de Harris clavados en los suyos, quedó inerte como una muñeca muerta, desmadejada en brazos de Bernier. Porque los ojos de Harris denotaban a un tiempo odio y amor, deseo y repulsión. Porque en los ojos de aquel hombre había algo que estaba más allá de las palabras, más allá que de los mismos pensamientos.

Bernier jadeó:

—¿Pero de dónde has salido? ¿Dónde infiernos estabas?

—He realizado un corto viaje para retirar unos pocos ahorros que tenía en Colombey —mintió—. ¿Pero por qué me recibes así? ¡Ni que no me hubieras visto en doce años!

—¿Es que no sabes lo que ha sucedido?

—¿Ocurrir?... ¿Qué?

Suzanne parpadeó confusa, al darse cuenta de que Bernier la miraba como si no estuviera muy seguro aún de su existencia.

—¿Qué ha pasado? —insistió ella.

—¡Tengo ahí detenido a un hombre que ha declarado ser tu propio asesino!

—¿Mi... asesino?

Suzanne abrió la boca cómicamente. No sabía aún si existía una relación entre lo que le había contado Bernier y lo que le acababa de suceder a ella. Pero aún se sentía inmersa en aquel extraño clima de pesadilla del que no lograba salir. Por el contrario, cada vez se hundía más y más en él. Las palabras de Bernier no hacían más que confirmarle que todos estaban envueltos en unas brumas que no parecían de este mundo.

Bernier la hizo sentar en una de las butacas.

—Pero vamos a ver, explícate... ¿Cómo decidiste ir tan de repente a Colombey? ¿Por qué no me dijiste nada?

—No te lo dije porque la cosa no tenía importancia. Sólo se trataba de retirar unos pocos ahorros que hice cuando vivía allí. Además, he estado fuera muy poco tiempo.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? No te comprendo. ¿Qué ocurre?

Bernier la miraba intensamente, pero ella notaba más que nunca la presencia invisible de Harris, que estaba a su espalda.

Había tenido la precaución de cambiarse de ropa en su apartamento antes de ir allí, y por eso Bernier no pudo ver su falda ni sus medias manchadas de barro. No obstante, había algo en la mirada del policía que indicaba que no estaba seguro de nada, que parecía decir: «Yo también me encuentro hundido en un mundo de pesadilla».

Fue Bernier el que abrió los brazos en un amplio gesto.

—No lo comprendo, muchacha... ¡Te juro que no lo entiendo! Ha coincidido todo en unas pocas horas. Tu desaparición y lo de aquel tipo que se acusaba de tu muerte.

—¿Un tipo que dice haberme matado? ¿Y cómo se llama?

—Besnard.

—No he oído ese nombre en mi vida. O, mejor dicho, creo que es el de la supuesta envenenadora de Loudun. Marie Besnard se llama, ¿no? Pero eso nada tiene que ver con lo nuestro.

—No, claro que no.

—En mi vida he conocido personalmente a nadie que se llamara Besnard.

—Lo he dado por supuesto desde el principio. —Los ojos de Bernier se habían iluminado—. Y encima el muy buitre decía que tú le habías servido de modelo completamente desnuda.

—¿Yo?...

—Y que te había llevado en su coche, para babearte con sus cochinos besos, antes de darte el pasaporte.

—Pero... ¡pero eso es una infamia!

Bernier lanzó una brusca carcajada.

—No sé cómo he aguantado sin partirle la lengua. Ya había empezado a patearle cuando me han detenido Harris y Berthelot, pero no he debido hacerles caso. ¡A un marrano como ése habría que dejarle hecho trizas! ¡Y aunque me cueste un expediente, voy a hacerlo!

Se puso bruscamente en pie, pero ella le detuvo con un gesto de su mano derecha.

—Déjalo. ¿Has pensado que puede tratarse de un loco?

—Desde luego. Pero a esos locos se les cura con un procedimiento que yo sé.

—Quizá me haya visto alguna vez y tenga manías. ¿Está ahí su ficha?

—Sí. La tengo encima de la mesa.

El comisario mostró la ficha en que Besnard aparecía retratado de frente y de perfil, con una expresión que era mitad de pervertido mitad de visionario.

Suzanne examinó las dos fotos durante unos segundos, con expresión reconcentrada.

—No lo he visto en mi vida —dijo al fin.

Bernier guardó la ficha.

—No voy a tocarle un pelo —dijo con voz ronca—, pero haré que se acuerde de esto. Lo enviaremos en observación al preventorio psiquiátrico. Allí no le harán nada... excepto tenerle quince días en una celda. Cuando lo suelten habrá escarmentado, te lo juro.

A Suzanne le pareció una crueldad innecesaria tomar aquella medida. Al fin y al cabo, podía muy bien tratarse de una confusión, y emplear de aquel modo los procedimientos más o menos legales para castigar a un pobre imbécil le pareció excesivo. Pero su gesto de protesta ni siquiera fue advertido por Bernier.

Éste se encaminó a la puerta.

—Voy a dar cuenta al juez y a disponerlo todo para el traslado —dijo—. Vuelvo dentro de unos minutos.

Cerró la puerta. Suzanne quedó a solas con Harris.

Con un Harris más alto, más joven, más concentrado y amargado que nunca.

Él miraba por la ventana. No se volvió siquiera para decir:

—¿Cuánto cobraste por posar desnuda?

—Harris, tú estás...

—¿Loco?

—No digas eso, Harris.

—¿Cuánto cobraste por posar desnuda?

—No me insultes.

—¿También sería insultante preguntar si de veras no conocías a ese hombre?

—No le había visto jamás.

—Claro...

La voz de Harris no era dura ni acusadora. Era lenta y amarga; parecía estar hablando de su propio funeral.

—También tú sabes —dijo ella con la misma voz lenta— que nadie me ha visto desnuda. Ni siquiera tú.

—Ni siquiera yo... Pero tú, Suzanne, amas el dinero. Por dinero eres capaz de cualquier cosa.

—¿Hasta de desnudarme ante un desconocido? ¿Hasta de dejarme besar en el interior de un coche?

Harris no contestó.

Sus facciones estaban tan rígidas, sus mandíbulas tan apretadas, que parecían cinceladas en metal.

—¿Por qué te casas con Bernier? —dijo, al cabo de unos instantes—. No le amas.

—Eso tú no lo sabes.

—Se notaba al besarte.

—Nos has estado mirando, ¿verdad?

Él tenía los labios espantosamente apretados, rígidos; la mirada perdida.

—No he podido evitarlo. Pero no le observaba a él, porque entonces no hubiera podido resistir la tentación de apartaros. Te estaba mirando solamente a ti, y entonces he visto una vez más que

no le amas. ¿Tú misma no has pensado eso nunca?

—Me he preguntado, sencillamente, si quería casarme con él. Y sí que quiero.

—¿Porque él tiene algunos francos ahorrados? ¿Porque al casarte con él tendrás la seguridad para toda la vida, esa seguridad burguesa que muchas mujeres ambicionáis? Dime, ¿no es por eso?

—Quizá.

—¿Y crees que basta?

Ella guardó un momento de silencio.

Su fino perfil resultaba más distinguido que nunca a la luz mortecina de la tarde; sus labios, más hermosos, más rojos y más tentadores en aquel silencio que la envolvía a toda ella, en aquel misterioso mutismo que envolvía su boca.

—Yo no he tenido seguridad nunca, Harris —musitó en voz muy baja—. Y sabes perfectamente que la necesito, porque ésa es una tradición de mi familia judía. Procedo de una familia de comerciantes que perpetuaron su riqueza de unos a otros, que trabajaron todas sus vidas para que sus hijos y sus nietos fueran más ricos, más distinguidos cada vez. Tú siempre has dicho que tengo un perfil aristocrático, que entre las otras mujeres parezco una reina. Y no te has detenido, quizá, a pensar en cuántas oscuras madres de siglos pasados debieron sacrificarse para que yo tuviera en mi nacimiento los mayores cuidados para que tuviese luego los mejores maestros, que me enseñaron a ser más fina, más distinguida, más culta. Que me hicieron notar que hay un modo de sentarse que resulta más elegante, y que ése era el modo que precisamente debía adoptar yo. Los que me enseñaron música, declamación, idiomas. Los que me llevaron al gimnasio desde niña para que mis músculos adquirieran elasticidad y firmeza. En fin... ¡tantas cosas! Pero todo eso cuesta dinero, mucho dinero, y yo aprendí desde niña que un puñado de francos tiene su importancia.

Hizo, sin pretenderlo, un suave y elegante gesto con su mano derecha y prosiguió:

—Pero luego se produjo la hecatombe, vino la desaparición de todo. Aquel mundo que parecía tan sólido desapareció al derrumbarse sus propios cimientos. Mis padres fueron embarcados como reses para el matadero de las cámaras de gas de Auschwitz. Millones de niñas judías como yo fueron ejecutadas igualmente, y

las que eran ya mayorcitas llenaron a la fuerza los prostíbulos para los soldados nazis. Yo escapé por milagro y desde entonces no he encontrado la paz. He sido recogida por caridad en mil sitios distintos, hasta hacerme mujer. En todas partes me dieron un número y un uniforme, como si estuviese en la cárcel. Luego... luego los oscuros empleos de París. Prácticamente, desde los siete años no había aprendido nada. Mi mente estaba llena de visiones terroríficas y se negaba a acatar la disciplina de las grandes empresas. Un simple timbrazo me hacía estremecer. Recuerdo que cuando tenía diecisiete años encontré un excelente empleo como intérprete de alemán, pero entonces sí que estuve a punto de volverme realmente loca. ¡Porque oía otra vez las roncas voces alemanas, las mismas voces que enviaron a morir a mis padres! Luego encontré empleos cada vez mejores, pero alguno de ellos sólo me los dieron porque yo era bonita, y hube de dejarlos pronto. Aunque ahora me gano bien la vida... ¿te extraña que no rechazase las proposiciones de Bernier? Él es un hombre que sabe luchar, que me mantendrá siempre en un nivel digno, que representa para mí tener otra vez la seguridad soñada. Cierto que no le amo... —añadió en voz muy baja—. Es verdad que para unirse a un hombre durante toda la vida, una mujer necesita algo más. Pero voy a casarme con él, de todos modos. Bernier es el hombre a quién libremente he elegido.

Apretó los labios, después de decir estas palabras, y cruzó las piernas. Aunque Harris quiso evitarlo, sus ojos relampaguearon al seguir aquel movimiento obsesionante de las rodillas de la muchacha. Mil veces se había dicho que nadie sabía moverse como ella, que nadie caminaba como ella... que nadie era como Suzanne. Ahora se lo dijo otra vez.

—Él tampoco te quiere —dijo con voz ronca—. Simplemente, te desea como un loco.

—¿Y qué? ¿De qué está hecho el amor de los hombres, sino de pensamientos y sueños en los que siempre ven a una mujer entre sus brazos?

—Tú sabes que no.

—Sí, ya sé que tu amor es distinto.

—Mi amor es diferente, pero no tiene sentido, ¿verdad?

—Lo tuvo en un tiempo —dijo ella, en voz muy baja—. Lo tuvo

cuando me besaste por primera vez.

Hubo un momento de silencio entre los dos, un instante casi angustioso, porque sus miradas, en la quietud de la habitación, parecían taladrar el aire.

—Aquel beso fue un pecado —susurró él.

—Sí. Y te agradecí que me lo confesaras. Te agradecí que me dijeras que eras un hombre casado.

Él apretó los puños ante el recuerdo. Los labios de Suzanne... Sin que se diera cuenta, sus nudillos blanquearon.

—No podía engañarte.

—No, claro que no. Hubiera sido una canallada, y tú no eres de la clase de hombres que las cometen. ¿Qué te pasó entonces? ¿Por qué me besaste a poco de conocernos?

—Nunca había visto una mujer como tú.

—Pero recordaste a tiempo que te debías a otra.

—Sí.

La voz de Harris era seca, ronca. Parecía como si con cada palabra se propinara una bofetada a sí mismo.

—Sin embargo, ahora no estás ligado a nadie. Ahora eres tan libre como un muchacho. ¿Cuánto hace que enviudaste? ¿Dieciocho meses? ¿Veinte?

La mirada de Harris se había vuelto turbia.

—Veinte meses.

—Pero no puedes olvidar a tu esposa...

—Sabes de sobra que no fuimos felices. Sabes que, cuando nos casamos, yo ya pensaba que éramos incompatibles. Pero le había dado palabra de matrimonio y no podía dejar de cumplirla.

—Sin embargo, ahora está muerta...

—¿Quién sabe algo de los muertos? ¿Quién podría decir dónde están?

El rostro de Suzanne sufrió una contracción.

—¿Por qué has dicho eso?

—¿He dicho algo especial?

—Sí. Que nadie sabe dónde están los muertos.

—He querido decir que no resulta fácil olvidarlos.

—Y que nos rodean...

—Tal vez.

La expresión de Suzanne, de tan tensa, de tan angustiada, había

pasado a ser dramática. Pero enseguida intentó dulcificarla. Sus labios se entreabrieron para decir:

—Al que no puedes olvidar es a tu hijo.

—No... No podré olvidar jamás a aquel pequeño inocente, a aquel pobre ser que apenas había despertado a la vida... y que terminó abrasado entre los restos del coche. No, no podré olvidarlo nunca. Aunque viviera cien años, no lo olvidaría.

—Fue ella la que provocó el accidente, ¿verdad? Fue ella la que en cierto modo mató a tu hijo.

—Sí —dijo él, con voz ronca—; fue ella. Siempre le dije que no debía conducir. Pero lo hizo y... en fin, ¿qué importa ya eso? Yo sólo sé que mi vida ha sido distinta a partir de entonces. Que lo será ya siempre.

Fue entonces cuando Suzanne dijo aquello:

—Debías haberte casado conmigo. Pero tú no te casarás nunca con una mujer que no pueda tener hijos.

En aquel momento, mientras él la miraba intensamente, oyeron las recias pisadas de Bernier, que se acercaba a la puerta. Ésta se abrió unos segundos más tarde, mientras los dos seguían mirándose intensamente, en silencio, a los ojos.

DOCE

—Te encuentro diferente, Suzanne.

Bernier había dicho aquello mirándola fijamente, mientras encendía un cigarrillo. Las volutas de humo azulado parecieron fundirse en la tristeza gris de la tarde.

Desde su mesa, junto a la ventana, en unos comedores de Libre Service, se divisaban los árboles de los jardines del Luxemburgo. Muy poco antes había dejado de lloviznar sobre París, pero la atmósfera gris aún lo envolvía todo. Las gentes pasaban presurosas ante los cristales, como estremecidas por las repentinas ráfagas de viento.

Suzanne musitó:

—No estoy cambiada. Debe pareértelo a ti.

—¿Y no estás tampoco enojada conmigo? Desde ayer, desde que apareciste en mi despacho, te encuentro extraña.

—Debiera estar enfadada contigo, en cierto modo.

—¿Por qué?

—Sabes que fue una crueldad innecesaria someter a observación a aquel pobre imbécil. Tenerlo en observación significa estar quince días en una celda, casi a pan y agua; tú lo sabes bien. Por otra parte, cuando salen de allí nadie se ha preocupado de examinarles, ésa es la verdad. Nadie sabe si son realmente unos locos o unos farsantes. Creo que no debiste hacer eso con él.

Bernier lanzó una carcajada.

—¿No hacerlo? ¡Pero si se quedó tan tranquilo! Más bien diría que se puso contento, el muy buitre. Debía temer que se le impusiera una larga condena por denuncia falsa, ya que tú sabes que también se consideran así las declaraciones falsas que uno hace contra sí mismo. Ser sometido a observación en el preventorio psiquiátrico debió parecerle un alivio. No creas que me he portado mal con él.

—Pero si luego tuvierais que hacer contra Besnard alguna acusación y él hubiera sido declarado ya irresponsable, aunque fuese en parte...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ya no puedes volverte atrás. Que, en cierto modo, él habría escapado a vuestras manos si resultara ser un asesino.

—¿Pero de qué asesino hablas? —Bernier rió otra vez—. Ya no volveremos a oír mencionar a Besnard ese asqueroso imbécil. Y ahora seamos sensatos de una vez. ¿Cuándo se va a celebrar nuestra boda?

Suzanne sonrió débilmente.

—Cuando tú digas.

—Entonces, dentro de cinco días. Podré empalmar el permiso de boda con las vacaciones anuales, que ya tenía concedidas. Dispondremos de cuarenta días para irnos al sur. ¿Te parece? ¿Puedo encargar los billetes esta misma tarde?

—Hazlo —susurró ella—. ¿Pero no existe la posibilidad de que te surja algún caso imprevisto?

—Lo dices de un modo que... parece como si lo estuvieras deseando.

—¡Qué cosas tienes!

Bernier le estrechó con fuerza, con rudeza, la mano que ella tenía depositada sobre la bandeja de plástico.

—No hay apenas asuntos estos días —murmuró—. Los malos tiempos de los terroristas argelinos y luego de los terroristas de la OAS han pasado ya. Ahora, en París, sólo ocurre lo de siempre. Atracos, drogas, algún caso de trata de blancas... Bueno, y también los asuntos inexplicables de costumbre. Ayer mismo, a un pagador de un banco suizo le tirotearon el automóvil, pero limitándose a reventarle las ruedas. A él no le hicieron daño alguno, a pesar de que pudieron haberle matado perfectamente. Y no le robaron tampoco. Una cosa sin sentido...

—Debía ir escoltado.

—Sí, claro. Había solicitado un gendarme. Es costumbre en estos casos.

—Ningún atracador mata a un gendarme, si puede evitarlo. Un hecho así le significaría la guillotina automáticamente. Supongo que

para llevarse el dinero de aquel pagador habrían ideado otra cosa. ¿Pero por qué pensamos en eso? ¿Qué nos importa ahora?

Bernier reafirmó:

—Sí, claro. ¿Qué nos importa?

Su mano siguió estrechando con rudeza la de Suzanne hasta que esta pudo retirarla suavemente.

—¿Qué piensas hacer esta tarde? —preguntó él.

—Unas visitas.

—¿Más misterios?

—No hay secretos en mi vida, y tú lo sabes.

—No, pero... Trata de comprenderme. Desde ayer leo algo extraño en tus ojos.

—¿Algo extraño? ¿Y qué es lo que lees en ellos?

Bernier lo dijo claramente:

—Horror.

Notó cómo el estremecimiento iba desde los labios hasta los dedos de la muchacha.

—¿Horror? ¿Sabes lo que dices?

—Eso es lo peor. Sé que no me equivoco, pero no acierto a comprender los motivos de tu miedo. ¿Por qué lo tienes? ¿Y de qué? ¿Quién te ha amenazado?

—Nadie.

—Sin embargo, tienes miedo...

—Te equivocas. Estuve en Colombey veinticuatro horas, recordando viejos tiempos, pero no tuve ni un solo recuerdo desagradable. Y mucho menos, un recuerdo tétrico. ¿Por qué iba a sentir miedo?

Al decir esto, miró a los ojos de Bernier.

Notó que aquellos ojos se habían endurecido de repente, vio que en la luz gris de la tarde brillaban como dos pedazos de metal.

—Eso es lo peor —dijo Bernier—. No fuiste a Colombey.

—¿Que... no fui a Colombey?

—Me he molestado en hacer unas pequeñas averiguaciones porque notaba algo extraño en ti —dijo él rudamente—. Y sé que no tenías en Colombey ninguna cartilla de ahorros. Nunca conseguiste guardar allí ni un solo franco, porque tu empleo apenas te daba para vivir. De modo que en lo que dijiste ayer ya hay una mentira.

—Pero... ¿es que acaso crees que...?

Él movió la mano derecha con presteza.

—No. Si creyera que habías estado con otro hombre, ya no hablaría en ese tono. Tu asunto de ayer fue cualquier cosa menos una cita de amor. Más bien diría que fue una cita de horror. ¿Por qué? ¿Dónde estuviste?

Ella apretó los labios, sin contestar.

Se estaba preguntando a sí misma si debía decir a Bernier la verdad —una verdad en la que, al fin y al cabo, no había nada deshonesto— o bien debía guardar silencio ante aquellos hechos inexplicables. Se dijo al fin que nadie era capaz de saber cómo reaccionaría Bernier. Lo mejor era guardar silencio.

—No estuve en Colombey —reconoció—. Eso es lo terrible de ser la prometida de un policía. Nunca se os puede dar una sorpresa.

—¿Es que...?

Y Bernier lanzó de pronto una carcajada.

—No sospechaba que quisieras hacerme un regalo —dijo—. La verdad es que los hombres somos idiotas a veces. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Yo siempre he dicho que los hombres tenéis poca imaginación —suspiró ella.

Pero aquel suspiro de alivio no fue notado por Bernier.

—Está bien —dijo éste al fin—, no quiero inmiscuirme en los asuntos de tus últimos días de soltera. Tienes la tarde libre para buscar otros regalos, si es que no quieres aceptar mi compañía.

Suzanne sonrió encantadoramente, con aquel encanto que ella sabía que desarmaba a los hombres.

—Hay momentos en que las mujeres necesitamos estar solas.

—Está bien, te dejo. Pero nos veremos esta noche ¿verdad?

—A las nueve, en la puerta principal de la sección femenina de las Lafayette. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

Cuando se ponían en pie, Bernier la atrajo hacia sí y la besó rudamente en la boca, un beso breve, pero intenso, que levantó miradas de envidia en todos los comensales masculinos próximos.

—Hasta luego.

A Suzanne le dolía la boca. La herían aquellos besos y no sabía por qué.

Cuando llegó a su apartamento, esperó pacientemente durante

más de dos horas.

Sabía que Bernier era muy celoso, y tantas facilidades para que fuese sola le habían parecido excesivas. Quizá la estaba haciendo vigilar, y en tal caso habría que obrar con cautela.

Bernier, en muchas conversaciones, al principio de su noviazgo, le había explicado algunos detalles de cómo se realizaban las vigilancias y las pesquisas de modo que ella estaba en buena situación para notar si era seguida. Durante dos horas espío por la ventana, constatando que ni una sola persona desconocida se estacionaba en los alrededores de la casa.

Entonces salió.

No dejaba de comprender que estaba cometiendo una imprudencia, pero no podía evitarla. Necesitaba encontrar a Alex.

Alex había vivido siempre en una calle estrecha y sombría muy cerca del antiguo Palais Royal. La muchacha dejó el Metro en la estación de Carrefour de Todeón, que es un verdadero laberinto, volvió a tomarlo en St. Germain, tras recorrer a pie parte del Barrio Latino, y, después de un transbordo, lo dejó infinitivamente en la estación de Tullerías, desde donde fue a pie hasta el vecino Palais Royal.

Alex había tenido siempre una especie de buhardilla desde donde se divisaban los tejados aristocráticos de la rue Rivoli, y hasta cuyas ventanas llegaban, en los días de fiesta, los rumores de las Tullerías. Suzanne había estado allí un par de veces, pero siempre acompañada, para no dar al fogoso Alex excesivas facilidades. Ahora iba a volver sola... para hablarle de algo en lo que ni tan siquiera deseaba pensar.

La casa carecía de ascensor, como todas las del viejo París. Constaba de cinco pisos y buhardilla. Suzanne subió hasta ésta y llamó a la puerta, donde aún seguía figurando una plaquita con el nombre de Alex.

Nadie contestó.

Suzanne llamó otra vez, dándose cuenta entonces, al empujar la puerta casualmente, de que ésta no estaba cerrada.

La muchacha abrió del todo.

«En casi todas las películas de misterio ocurre esto —se dijo a sí misma—. Una muchacha que llama a la puerta, ésta se abre y...».

Sin embargo, no sentía ningún miedo. Una extraña y solemne

calma envolvía sus nervios. Estaba segura de que nada de lo ocurrido la tarde anterior podía sucederle allí.

En aquel lugar, situado en el centro de París, rodeada de vecinos por todas partes, estaba segura de que nada malo podía pasarle.

—Alex... —llamó—. Alex...

La buhardilla estaba tal como ella la conoció en otro tiempo. Pocos muebles, pero de cierta calidad, algunas pinturas de amigos de Alex, una pared llena de escudos, de viejos clubs anglosajones, la mesa de trabajo con libros, la cama...

Todo parecía vacío.

La muchacha miró también en el pequeño cuarto de baño que había a la izquierda.

Nada.

—Alex... —repitió.

Volvió sobre sus pasos, mirando con más atención en torno suyo, y entonces sus ojos se dilataron de horror.

Porque debajo del lecho de Alex, asomando ligeramente, acababa de ver algo que nunca hubiera sido capaz de imaginar.

Una mano crispada y manchada de sangre.

TRECE

Era la mano de un hombre.

Suzanne conocía bien, aun viéndolos de lejos, aquellos dedos largos, estilizados, donde rebrillaban dos anillos de fantasía, porque los viejos anillos orientales siempre habían sido la debilidad de Alex. Suzanne conocía tan bien como sus propios dedos aquellos otros que un día estrecharon su mano, que durante un corto tiempo formaron parte de su vida.

Por eso repitió el grito de horror, sin poder contenerse.

Tuvo la sensación de que había puesto en conmoción a todo el vecindario, y, sin embargo, se dio cuenta de que el silencio seguía rodeándola, de que en torno suyo todo continuaba quieto, hierático, muerto. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía la garganta crispada, y lo que ella creía gritos no eran sino leves gemidos inaudibles más allá de las paredes.

Llevó poco a poco las manos a su boca, intentando serenarse. Si ya había comprobado que estaba sola en la buhardilla, resultaba indudable que no corría ningún peligro. Lo único que podía hacer era salir a toda velocidad sin tocar nada o, por el contrario, comprobar que el cadáver que en parte tenía ante sus ojos era, efectivamente, el de Alex.

Prevaleció esta segunda idea. Ya que estaba metida en aquel laberinto, tenía que saber andar por él.

Temblorosamente, reunió sus fuerzas y apartó la cama poco a poco. El mueble era de metal, y sus patas produjeron un chirrido al ser arrastradas por el suelo. Debajo estaba el cadáver de Alex.

Debían haberlo sorprendido mientras se abotonaba la camisa, a juzgar por la posición de una de sus manos. La otra, la derecha, era la que sobresalía en parte por debajo de la cama. Debía habérsela llevado a la herida instintivamente, y por eso estaba manchada de sangre.

La herida estaba en su espalda, y era visible gracias a la posición algo retorcida del cuerpo de Alex. Seguramente había sido causada por un puñal, porque era de forma alargada y se adivinaba profunda. La expresión de Alex parecía indicar que había muerto por sorpresa, casi sin sufrir. Una extensa mancha de sangre se dibujaba en la espalda, a la altura del corazón.

Suzanne sintió que el aire de la habitación se le hacía irrespirable. Instintivamente, abrió la ventana y luego limpió el pomo con el pañuelo, dándose cuenta de que podía haber dejado huellas.

Hizo lo mismo con el pomo de la puerta y con todo lo que podía haber tocado en la habitación, especialmente el metal brillante de la cama. Poco a poco se iba serenando. Una especie de helada sensación de horror iba penetrando en ella. Se percató de que estaba en peligro y de que iba a necesitar de todas sus energías para salir de él. Esto le daba una extraña seguridad en sí misma.

Sin tocar nada, examinó punto por punto la habitación.

Ésta no parecía haber sido violentada. Todo estaba en orden. El único móvil del que mató a Alex parecía haber sido precisamente ése: matarlo. Y tal certidumbre aumentó aún más en Suzanne la extraña sensación de horror que la dominaba por completo.

Pensó que lo más urgente era salir de allí sin que nadie la viese.

No recordaba haberse tropezado con nadie al entrar. Si tenía suerte, tal vez llegara a pasar inadvertida. Pero había que decidirse.

Abrió la puerta, tocando el pomo con su pañuelo para no dejar huellas.

Las viejas escaleras, terminadas a mediados del siglo diecinueve, le parecieron interminables. Cada peldaño crujía y cada ruido parecía despertar dormidas resonancias en toda la casa. Cuando llegó abajo, al portal, sin haber tropezado con nadie, exhaló un suspiro de alivio.

Caminó apresuradamente en dirección al Palais Royal.

Miles de personas caminaban por allí, y pasaría completamente inadvertida. Consiguió llegar, y entonces dobló hacia la rue Rivoli. Se sentía por momentos más asustada, pero también más tranquila. Empezó a pensar en por qué no había avisado a la policía.

Bernier...

Siempre tropezaba con el hecho de que Bernier tendría que

enterarse de todo.

Se dirigió rápidamente hacia la entrada del Metro de Tullerías y entonces lo vio a él.

Vio a aquel hombre alto, quieto, con ojos de esfinge, aguardándola. Al que se llamaba Harris.

CATORCE

Daba la sensación de estar mirando solamente a ella, de que en la calle no existiera absolutamente nadie más que ella. Sus ojos grises, quietos como los de una de esas viejas estatuas de sacerdotes egipcios que parecen tener vida, estaban clavados en Suzanne.

Ésta se detuvo, sin atreverse a descender las escaleras del Metro. Ni el aire fresco de los jardines de las Tullerías alivió el golpe de sangre que de repente había afluido a su rostro.

Harris musitó:

—Te esperaba.

—¿Tú? ¿Por qué?

Él señaló el coche que estaba aparcado en un espacio inverosímilmente pequeño, al otro lado de la rue Rivoli.

—Te ruego que me acompañes.

—¿Acompañarte? ¿Es que acaso debo considerarme detenida?

—¿No ves que ese coche no es de la policía, sino el mío? Te pido que me acompañes como un favor particular.

Ella susurró desmayadamente:

—Vamos...

Casi sentía un alivio al estar junto a Harris, aunque éste podía significar muy bien un peligro para ella. Pero al menos era alguien con capacidad de hablar, era un ser vivo, no aquel mudo horror de la figura de Alex. Por eso se dejó conducir blandamente hasta el coche de Harris, un «M. G.» deportivo, blanco, que sólo un hombre viudo y sin vicios, como él, se hubiera podido pagar.

—¿A dónde vamos?

—A cualquier café del Luxemburgo donde haya mucha gente y podamos pasar inadvertidos. Por ejemplo, a La Coupole. Allí nadie se fijará en nosotros.

—Como quieras.

No pensó que podía verles juntos algún amigo de Bernier. En

realidad, en estos momentos era incapaz de meditar en algo que no fuese el cadáver de Alex.

Llegaron a La Coupole media hora después. Era el café que había servido de refugio a toda una generación de pintores futuristas. Durante el camino, interrumpido varias veces por los embotellamientos de tráfico, ninguno de los dos despegó los labios.

Harris dejó el coche en un aparcamiento de pago y se sentaron ambos en un rincón del café.

Suzanne tenía los nervios expectantes, tensos. Igual que en la casa de Thierry, le parecía estar viviendo una inexplicable pesadilla.

—Has estado en casa de Alex —dijo, lentamente, él.

—¿Cómo sabes quién es Alex?

—A él no le hubiera conocido nunca de no ser porque durante un tiempo salí contigo. Todo lo que se refiere a ti me interesa. Conozco a cualquiera que te haya mirado una vez, que te haya dirigido una sola palabra. Y en cierto modo, diría que odio a los que te miran, a los que te hablan.

—Entonces odias a Bernier... A pesar de que una vez le salvaste la vida.

—No he querido pensarlo. Sólo sé que cuando te besa siento un fuego que me devora.

—Sin embargo, nunca te casarás conmigo.

Él entreabrió apenas los labios para decir:

—Tú no puedes tener hijos.

—¿Tanto recuerdas a aquel que murió en el accidente? ¿Tanto deseas sustituirlo por otro?

—Sé que nunca podré olvidar a aquel niño cuyo cuerpo sin vida tuve entre mis brazos. Nunca podría olvidarlo, nunca, ni aunque viviese mil años. Pero si un día veo a un niño que ría como aquél, entonces el dolor será distinto. Sé que entonces el dolor irá mezclado a la esperanza, y entonces podré vivir. Ahora esto es un recuerdo constante y horroroso que me va marcando. No —concluyó lentamente—. Por esa sola razón ya no podría casarme con una mujer que supiese que no ha de darme hijos.

—Y tú sabes que yo no puedo dártelos.

—Lo sé.

La voz de Harris había sido breve, ronca.

—Te agradezco que no se lo hayas dicho a Bernier.

—No creo que debas agradecérmelo, porque tal vez a él le importaría poco. De momento le basta con tener tu cuerpo, con tenerte a ti, y no se lo reprocho. Pero no se lo diré porque sé que te interesa casarte con él. Tú amas la sensación de seguridad que se desprende de él, quieres su dinero, el dinero de su familia; piensas que junto a él volverás a ser lo que fuiste de niña. Tampoco te lo reprocho.

—¿Por qué recuerdas mi niñez? ¿No sabes que procuro no hablar nunca de ella?

—Tu niñez fue lo que nos unió.

—Yo creí que habías olvidado el lugar en que nos conocimos. Pensé que ya no querías volver a oír mencionar aquella época.

—El lugar en que nos conocimos... Un campo de selección para los judíos que habían de ser trasladados a Drancy, desde donde se les enviaba a Auschwitz. Tú eras una niña, y yo, poco más que un muchacho. A veces he pensado en aquello.

Su boca se había torcido en una extraña mueca, y sus ojos estaban perdidos en un punto indefinible del aire.

—No debieras pensar.

—¿Y tú?

—Yo sólo recuerdo que fuiste tú quien me salvó de allí. Siempre explico que me salvé milagrosamente pero no digo a nadie en qué consistió el «milagro». No menciono que un muchacho me sacó de las redes nazis, que logró extraerme de una habitación dónde...

Calló súbitamente, con los ojos muy abiertos, con las manos temblorosas, como si el solo recuerdo paralizase su garganta.

Fue Harris el que continuó, con voz inflexible y lenta, como la de una estatua que hablase:

—... donde unos médicos acababan de hacer experiencias de esterilización con varias niñas. Experiencias que, por lo visto, tuvieron un gran éxito. Y tú eras una de ellas.

Las manos de Suzanne temblaron.

Sus ojos, muy abiertos, suplicantes, causaban una especie de oscura piedad, pero Harris no la miraba.

—Yo soy el único hombre que sabe que eres absolutamente estéril —susurró—. Yo y aquellos médicos, que ya no te reconocerían y que, seguramente, han muerto.

—Por eso jamás te casarás conmigo.

—Por eso permití que fuera Bernier el que te eligiese —contestó él, de una manera indirecta—. Por eso paso junto a ti como un desconocido, como un extraño. El deseo de llegar a tener un hijo como el que perdí es más fuerte que todo.

Ella dijo, apenas sin voz:

—Deberías casarte con otra...

—Tendría que hacerlo... Es curioso. A veces me he preguntado por qué no lo hago de una vez. Y siempre me contesto que porque entonces te habré perdido con seguridad y para siempre.

Él encendió un cigarrillo en silencio y lo depositó en los labios de la muchacha, como hicieron en otro tiempo, cuando ocasionalmente volvieron a encontrarse terminada la guerra, en un andén de ferrocarril, y ambos viajaban en direcciones distintas.

—Gracias —musitó Suzanne.

—Es extraño que hayamos hablado de esto, ¿verdad?

—Sí, es raro.

—Y lo es muchísimo más cuando los dos sabemos que acabas de ver un muerto.

Todo el cuerpo de la muchacha se envaró, se puso rígido. Bruscamente se dio cuenta de que él lo sabía todo; de que, en cierto modo, había estado jugando con ella, como el gato con el ratón. El cigarrillo que estaba en sus labios cayó blandamente sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabes? —musitó—. ¿Me has estado siguiendo?

—Te sigo desde que saliste de la oficina de Bernier.

—No lo había notado, a pesar de que...

—A pesar de que vigilabas, ¿verdad? Pero no olvides que yo no uso los métodos rutinarios de los otros.

—¿Y cómo sabes... lo de Alex?

—Lo he supuesto al verte salir. Bastaba ver el color de tu rostro.

—¡Alex ha sido asesinado! ¡Ha sido muerto de un modo inexplicable!

El grito partió ronco e impetuoso de la garganta de Suzanne, sin que ella pudiera dominarlo. Afortunadamente, el rumor de las conversaciones en torno suyo hizo que nadie les oyese.

—¿Por qué no has avisado a la policía?

—Hubiera tenido que dar explicaciones a Bernier y él es terriblemente celoso.

—¿Qué significaba Alex para ti?

—Nada.

—¿Por qué, entonces, fuiste a verle?

—Es largo de explicar.

—De todos modos, dilo.

—No vas a creermelo.

—Supongo que alguien tiene que hacerlo. No podrás vivir pensando que no te creen. Habla.

—¿Es esto un interrogatorio?

—Bien sabes que no. Sólo pretendo ayudarte.

Suzanne recuperó el cigarrillo y fumó con movimientos nerviosos, llenos de ansia.

—¿Por qué querías ver a Alex? —insistió él.

—Debía devolverme unas cartas.

—¿De amor?

—¡Qué tontería! No llegamos ni a ser novios formalmente. Pero nos escribíamos cartas, y no quisiera que éstas pudieran llegar un día a manos de Bernier.

—¿Te había citado para devolvértelas?

—Sí.

—¿En su apartamento?

—No. En una casa de la rue Thierry.

—Ni siquiera sé exactamente dónde está eso.

—Es un ramal al sur de Neuilly.

—¿Y él no acudió?

Suzanne exhaló un suspiro de cansancio. Sería mejor que explicara toda la historia, del principio al fin. Puede que fuera una imprudencia, pero al menos Harris parecía poder ayudarla.

Y habló.

Habló hasta que no pudo más, hasta que hubo sacado aquella pesadilla de su cuerpo, hasta que le pareció quedar limpia como una muchachita después de su primera confesión.

Harris la había escuchado en silencio. Sus facciones inmóviles, hieráticas, habían adquirido un color terroso.

Suzanne alzó los ojos, sintiendo un inexplicable alivio después de hablar, y fue entonces cuando esos ojos se dilataron horriblemente, mientras todo su cuerpo era recorrido por un espasmo.

Porque acababa de ver entrar a aquel hombre.

QUINCE

El hombre era viejo, vestía irreprochablemente, pero con un gusto muy «demodée», muy del siglo pasado: llevaba cuello de pajarita, puños duros y un bastón de caña en la mano izquierda. Se sentó con cuidado, estiró su rígida americana e hizo una seña llamando al camarero.

Todo esto ocurrió en contados segundos.

El hombre tenía un aspecto lúgubre, algo siniestro a causa del tono amarillento de su piel. Pero, de todos modos, parecía muy distinto a cuando Suzanne le vio salir del ataúd en la vieja casa de Thierry, el día que estuvo en ella.

Sus ojos, dilatados por el estupor, por el miedo, se posaron en aquella figura.

Lo curioso fue que Harris no llegó a notarlo, Harris estaba en aquel momento encendiendo un cigarrillo y su encendedor no funcionaba bien. Absorta su atención en aquel sencillo hecho, no llegó a darse cuenta de que la muchacha tenía los ojos quietos, espantosamente fijos en un punto del café.

Por fin logró exhalar una leve bocanada de humo y susurró:

—He escuchado con atención toda tu historia, Suzanne.

Ella volvió la cabeza.

—¡Eh! ¿Qué dices?

—¿Es que estabas distraída?

Los ojos de Suzanne ya parecían más normales, aunque una persona que se hubiese fijado bien en ella habría notado que le temblaban mucho los párpados.

Pero Harris, en estos momentos, se limitaba a pensar, sin fijarse demasiado en ella.

—No, no estaba distraída —musitó Suzanne.

Como entre brumas, vio que Harris se había puesto en pie.

—¿Vamos?

—¿A dónde?

—Te dejaré en tu casa y te aconsejaré que duernas veinticuatro horas seguidas. No te preocupes por tu trabajo en los Archivos Nacionales. Yo mismo me encargaré de resolver la cuestión; diré que te necesitamos para unas declaraciones sobre un accidente.

Sin darle tiempo a pensar, tiraba de ella hacia la puerta.

Suzanne miró estremecida, al pasar junto a él, al hombre que le parecía ser Charles Pascal. El tipo continuaba quieto, devorando la información de *Le Midi Libre*, y ni siquiera miraba el vaso de jarabe que le habían servido. Desde luego, no pareció darse cuenta para nada de la presencia de la muchacha, a pesar de que otros clientes masculinos la miraron con interés.

Salieron a la calle.

—¿Qué te pasa? ¿Sigues obsesionada?

—No... ya no. Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

—Me doy cuenta de que tratas de animarte. Haces muy bien, aunque no lo consigas de momento.

El paseo en el «M. G.» descubierto no la despejó en absoluto. Tenía siempre ante los ojos, como en dos fotografías, la imagen de Charles Pascal llamando al camarero y la de Alex tumbado bajo la cama, con la mano manchada de sangre. Pese a todo lo que Harris dijera, existía una relación entre las dos cosas, así como entre aquello y lo sucedido en la casa de Thierry... ¡e incluso con lo que aseguró aquel loco de Besnard, el hombre que confesó ser su asesino!

Sin que se diera cuenta, las huellas de los dientes quedaron marcadas en su labio inferior; tan nerviosos eran los movimientos que imprimía a su boca.

Harris la dejó ante su casa.

—Y ahora debes dormir.

—Lo haré, te lo prometo.

—¿Tienes algún somnífero?

—Pues... no.

Harris extrajo de uno de sus bolsillos un pequeño tubito lleno de pastillas blancas.

—Toma; es un preparado a base de luminal, pero no ofrece peligro mientras no tomes más allá de dos pastillas.

Suzanne tomó el tubo con mano temblorosa.

—No pensaba tomarlas, desde luego.

La actitud de Harris en todo aquel asunto, aun pareciendo muy clara, no lo era en absoluto. Ella no podía asegurar que aquello fuese un somnífero. Y, aun siéndolo, en ningún caso le convenía perder durante la noche toda posibilidad de defensa.

—Lo tomaré —prometió de todos modos.

Cuando subió a su habitación, una inmensa pesadez la envolvía; una especie de niebla cubría sus ojos.

Se tumbó en el lecho e intentó concentrar sus pensamientos, pero no lo consiguió.

Continuamente sus ideas fluían en otra dirección, sin que lograra concretarlas. Por el contrario, se fijaba en detalles insignificantes, que nada tenían que ver con sus auténticas preocupaciones. Por ejemplo, en aquella larga carrera que se dibujaba en su media izquierda, desde la rodilla hasta la mitad del muslo. O la pequeña salpicadura de barro que había en uno de sus zapatos. O la luz triste, gris, que entraba por una de las ventanas.

Pensó en Bernier.

Pensó en cuando él entrara como dueño en su habitación de mujer, en cuando la besara furiosamente sobre el lecho, en cuando la hiciera suya después de martirizarle el cuerpo con sus violentas caricias.

No lo deseaba. No, no lo había deseado nunca. Pero Bernier era la seguridad, era el dinero tranquilo, como había dicho Harris. No sólo tenía por delante una brillante carrera, que le convertiría, seguramente, en prefecto de París transcurridos unos años, sino que su familia le había dejado tierras, y poseía unas cavas en lo mejor de la región de Burdeos. Casarse con Bernier era tener la seguridad de ser siempre una mujer razonablemente distinguida y rica.

¿Pero y Harris?

Los labios de la muchacha se curvaron en una mueca. Harris se lo había dicho con toda claridad. Nunca se casaría con una mujer que no fuera capaz de darle un hijo como el que había perdido.

Suzanne giró la cabeza, mirando hacia la ventana.

¿Y si la estuviera vigilando aún?

¿Cuál era realmente el plan de Harris? ¿La creía realmente una trastornada?

Suzanne se puso entonces en pie y se dispuso a salir del

apartamento. Quería buscar algo que tenía que encontrar por sí sola, ya que nadie iba a ayudarla. Quería hallar la evidencia de que Charles Pascal vivía realmente, de que ella lo había visto con sus propios ojos.

DIECISÉIS

Había anochecido ya. Las calles de París, después de una ligera llovizna, rebrillaban tenuemente.

Suzanne tomó un taxi y se hizo conducir a Nôtre Dame. Desde allí, para desorientar a cualquier posible vigilante, tomó otro que le condujo a las cercanías de Montparnasse.

Entró en el café La Coupole.

Aunque ahora ya había pasado la época de los pintores con ideas renovadoras, de los poetas melencólicos y de los soñadores, el café aún tenía ambiente, tenía clima. Era la hora de las tertulias más nutridas y ruidosas. En torno a las mesas donde antes se habló de arte se trataba ahora de dinero, pero eso no importaba demasiado. Al menos para Suzanne, cuyos ojos escrutaron ansiosamente todo el local, hasta dar con una figura que parecía avanzar sigilosamente hacia ella.

—¿Quiere sentarse, *mademoiselle*?

—Usted es el camarero que estaba de servicio hará unas tres horas.

—Sí. Justamente acabo de entrar. ¿Ha olvidado algo, *mademoiselle*?

—No. Quisiera hacerle una pregunta, si me lo permite. Pero perdóneme. Quedamos muy raros los dos aquí, hablándonos en pie. ¿Quiere servirme una limonada en aquella mesa?

—Naturalmente.

Cuando se la servía, Suzanne preguntó:

—¿Me reconoce? He estado antes con un caballero.

—¿Quién no la recordaría?

—Una persona conocida, a la que no veía desde hace años, se ha sentado muy cerca de aquí y luego he tenido que salir de repente, sin que pudiera hablarla. Usted ha estado a punto de servir a esa persona, aunque en aquel momento cambiaban el turno. Quisiera

que me dijese si la recuerda. Temo haberla visto mal, y el asunto es importante para mí.

Depositó sobre la mesa una moneda de diez francos, mucho más de lo que la consumición valía. El camarero la guardó.

—¿Qué quiere saber?

—Simplemente, si le ha visto. Se sentaba en aquella mesa.

La señaló con el mentón. La mesa estaba ahora ocupada por dos hombres de aspecto sospechoso, que sumaban largas columnas de números en un papel, con las caras muy juntas. Quién sabe si soñaban en comprarse un piso, un nidito para los dos.

—¿Cómo era? Pasa mucha gente por aquí.

—Tenía unos sesenta y cinco años. Era de aspecto lúgubre y, sobre todo, muy anticuado. Vestía con arreglo a la moda de hace cincuenta años. Tuvo que llamarle la atención por fuerza.

El camarero pareció reflexionar.

—Lo siento, pero no lo recuerdo.

—¡Es imposible! Si sólo por su modo de vestir ya debería...

—Cuando una persona está sentada no se aprecia muy bien cómo es su traje.

—Pero...

—¿Está segura de haberle visto?

Suzanne se mordió el labio inferior. Ya estaba otra vez allí la maldita, la odiosa pregunta: «¿Está segura?». ¿Es que todos iban a tomarla por una visionaria, por una lunática?

—Trate de recordar —suplicó.

—Es inútil; éste es un café de muchísimo movimiento, y nosotros, por costumbre, nos fijamos más en las mesas que en los clientes. Si fuese camarero, lo comprendería. Y ahora, ¿puedo servirla en alguna cosa más?

—No, gracias... Siento haberle molestado.

—Ha sido un placer, *mademoiselle*.

El camarero se alejó. Suzanne paseó una desolada mirada en torno suyo.

En los percheros se amontonaban los abrigos, los sombreros, alguna capa corta... Y de pronto... De pronto Suzanne contuvo la respiración.

¡El bastón! ¡El bastón estaba colgado allí! ¡Era el mismo que llevaba el hombre!

¡Nadie usaría un bastón igual en todo París! ¡No había confusión posible!

Suzanne supuso que el hombre lo había dejado a propósito. Pensó que era una evidencia de su existencia, de su paso por La Coupole.

Presurosamente, la muchacha salió y tomó otro taxi. La dirección que dio la hizo temblar a ella misma.

Iba a volver a la casa de Thierry. Iba a hacerlo... aquella misma noche.

DIECISIETE

Mientras el coche rodaba silenciosamente en dirección a Neuilly, Suzanne cerró los ojos y trató de concentrar sus pensamientos.

Lo primero que se dijo fue que había sido una loca.

No tenía ninguna necesidad de haber vuelto a La Coupole. Si Charles Pascal había estado allí... ¡mejor! Si se había dejado olvidado el bastón quizá para que ella lo viese... ¡mucho mejor todavía! ¿A ella qué le importaba en realidad?

Mientras estuvo en la casa de Thierry corrió, tal vez, un grave peligro de muerte, pero ahora ya no se encontraba en ella. Lo mejor era olvidar, olvidarlo todo, como le había dicho Harris. Podía tratarse de una broma o de una monstruosa confusión. ¿Por qué volver a hundirse en aquel mundo donde sólo parecían morar el horror y la muerte?

Estuvo a punto de decir al taxista:

«Déjeme aquí mismo. No hace falta ir a Thierry. He cambiado de idea».

Pero no lo hizo. El siseo de las ruedas al avanzar por el asfalto mojado parecía obsesionarla. Confusamente, se daba cuenta de que mientras no aclarara aquello no podría vivir. En cierto modo, era mejor resolverlo de una vez, aquella misma noche.

Pero vacilaba.

Al, fin, ante un quiosco de periódicos que ya se disponía a cerrar, dijo al taxista:

—Pare aquí, por favor. He cambiado de idea.

Compró *France-Soir* en el quiosco. Parecía increíble, pero en tan poco tiempo ya se había descubierto el asesinato de Alex y una encuesta policial estaba en marcha. Suzanne hojeó nerviosamente el periódico mientras entraba en un café contiguo.

Se sentó en un alto taburete, cruzando las piernas sin preocuparse demasiado por la posición de la falda, ni del número de

ansiosas miradas masculinas que la discreta exhibición atrajo. Encargó un café corto y encendió un cigarrillo.

La noticia figuraba destacada en la tercera página del periódico. Por lo que se leía allí, la mujer que hacía la limpieza en el apartamento de Alex había acudido allí a primera hora de la tarde, después de que a media mañana nadie le franqueó la entrada. Extrañada ante el hecho de que nadie le abriera tampoco esta vez, había llamado al administrador del edificio, que tenía una llave doble. Y a partir de ese momento, con el hallazgo del cadáver, los acontecimientos se habían precipitado.

Suzanne fumó nerviosamente, mientras tomaba el café a breves intervalos sin prestar atención a nadie.

Por lo que se deducía de la lectura del periódico, las primeras investigaciones habían dado dos resultados: primero, no había ni una sola huella; segundo, una falta total de pistas.

Y, por descontado, tampoco parecía existir un móvil.

Suzanne terminó el cigarrillo, pagó el café y salió a la calle. Por razones explicables se sentía mucho más tranquila que al entrar allí. La policía no la había relacionado con lo de Alex; no había dejado tras ella ninguna pista.

Por lo tanto el asunto estaba concluido, y lo mejor que podía hacer era no pensar más en ello. Debía seguir el consejo de Harris: dormir veinticuatro horas seguidas, aunque fuera con la ayuda de un somnífero.

Lo haría.

Suspiró con cansancio y se dispuso a llamar un taxi que en aquellos momentos pasaba por el semivacío bulevar. Pero no llegó a alzar el brazo del todo.

Porque en aquel momento tropezó con aquellos ojos, con aquella extraña mirada que estaba frente a ella y, sin embargo, parecía venir desde más allá de la oscuridad, desde más allá del tiempo.

Eran unos ojos obsesionantes, espantosamente abiertos, y en los que Suzanne leyó algo que nunca había visto en la mirada de ningún hombre: Horror.

Ella estaba acostumbrada a que la contemplasen con admiración, con deseo y hasta con odio, pero jamás con miedo. No comprendía que pudiera dar miedo a un hombre, y sin embargo...

El tipo estaba quieto ante ella, como paralizado, como si se

hubiera encontrado de pronto ante una visión de ultratumba.

Era un hombre joven, completamente vestido de negro, con unos pantalones ceñidos y arrugados, que formaban unas grandes rodilleras, un jersey de punto y una americana demasiado ancha. Tenía unas grandes bolsas amoratadas bajo los ojos, como si no hubiera dormido en toda la noche anterior.

El hombre estaba detenido a sólo unos pasos. Balbució:

—No... no puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó Suzanne, sintiéndose nerviosa repentinamente—. ¿Quién es usted y qué quiere?

—Yo... yo...

Su garganta parecía a punto de sollozar o de gritar.

—Yo... ¡yo la he matado! ¡Yo la maté hace tiempo!

Otra vez la sensación de pesadilla penetró brutalmente hasta el fondo de los nervios de Suzanne. De nuevo sintió que todo vacilaba en torno suyo, que la noche parecía hacerse más negra y más espesa.

Aquello no tenía sentido. Era inexplicable.

El tipo delgado, vestido de negro, había gritado, y varios transeúntes se detuvieron al oír la extraña exclamación. En efecto, nadie se pone a declarar en público, así como así, que ha matado a una muchacha. Uno de ellos avanzó hacia el joven.

Pero no llegó a hablarle.

De pronto, como si fueran hijos de la oscuridad, surgieron los policías. Se notaba que lo eran por sus gestos agresivos, por aquella actitud petulante de hombres seguros de sí mismos que adoptaban en todas partes. Entre dos de ellos acogotaron al joven, retorciéndole los brazos como si fuera un muñeco. El más grueso de ellos increpó:

—¡Cochino Besnard, maldito hijo de zorra! De modo que te has escapado del Preventorio, ¿eh? ¿Así que te crees más listo que nosotros? ¡Vas a acordarte de esto, sucio bastardo!

Le golpearon dos veces en la nuca, pero Besnard no parecía sentir el dolor. Sólo gimió:

—¡Yo la he matado! ¿A quién tengo que explicárselo para que me crean? ¿Al Sumo Pontífice?

—¡Calla, puerco!

Suzanne asistía a aquella escena como el que vive un sueño en el

que sabe que no puede intervenir. Sentía como si sus piernas fueran a ceder de un momento a otro, negándose a sostenerla.

El policía más grueso gritó:

—¡Jacques, di que se acerque el coche!

El llamado Jacques, un policía de inferior rango, obedeció. Fue a buscar el coche patrullero, y los otros dos le miraron durante unos instantes. Eso hizo que se relajara la presión brutal que sus manos ejercían sobre el cuerpo de Besnard.

Y de pronto éste se movió.

Tenía la agilidad de una serpiente, y sus músculos eran fuertes a pesar de su delgadez. Se escurrió de manos de los policías igual que un pez. Los dos lanzaron una maldición al mismo tiempo, mientras Besnard echaba a correr.

El tumulto que se produjo en cosa de breves segundos fue enorme.

El policía gordo tropezó y cayó al intentar perseguirle. El otro sacó su pistola, y entonces la gente se arremolinó asustada. Alguien lanzó un grito. Besnard corría como una lagartija, perdiéndose entre el laberinto de coches.

El gordo gritó:

—¡Dale! ¡Dale a las piernas, maldito!

La pistola en la mano del otro policía parecía temblar. Parpadeaba como un bizco.

—No estoy seguro... Voy a darle a cualquier persona... Hay demasiado tumulto...

—¡Tira!

El disparo fue al aire, para amedrentar a Besnard. Pero éste continuó corriendo, hasta que en un par de segundos más se perdió de vista por entre el maremágnum de coches que ahora invadían la calzada, parados de cualquier modo.

Los policías, poniéndose en pie, corrieron tras él.

Ni siquiera se fijaron en Suzanne, como si ésta no existiera o como si fuese una pieza sin importancia.

Ésta echó a correr, con los ojos semicerrados y sin mirar a ninguna parte, igual que si la empujase una fuerza que no era la de sus piernas.

Se encontró de pronto en una calle que no conocía, una calle cuyos comercios estaban ya cerrados y cuyas ventanas encendidas

la miraban como misteriosos ojos.

Todo en torno suyo daba una curiosa sensación de irrealidad, como si bruscamente hubiera dejado París para pasar a otro mundo.

Fue a atravesar la calzada, y los focos del automóvil casi la dejaron ciega por un instante. Pudo cubrirse los ojos con las manos, mientras gritaba, y en ese momento el coche frenó.

Era un taxi. Su conductor saltó a tierra, quedando unos instantes como petrificado ante el subyugador espectáculo que constituían las piernas de Suzanne.

—¿Le he hecho daño? ¿Cómo se siente?

La muchacha se puso en pie, mientras palpaba su cuerpo.

—No, no me ha ocurrido nada... Además tengo yo la culpa.

—¿Quiere que la lleve a algún sitio?

La muchacha reflexionó velozmente. Ahora, después de lo sucedido con Besnard, estaba más decidida que nunca a terminar aquello.

—Precisamente iba al final de la rue Thierry. ¿Sabe dónde es?

—Sí, claro... No está lejos. Suba.

Una vez en el interior del taxi, Suzanne cerró los ojos. Se sentía infinitamente cansada, y le dolían los músculos de las pantorrillas como si hubiese realizado una agotadora marcha. Sólo su mente parecía lúcida, y no cesaba de decirla que debía resolver aquel misterio cuanto antes. Si podía ser, esta misma noche.

El taxista medio volvió la cabeza para decir:

—He estado a punto de matarla. Si llegan a patinar más las ruedas no lo cuenta. ¿Sabe que no hay un accidente sin dos?

—Si piensa eso se pondrá nervioso.

—Es algo que ocurre a todos los conductores. Si tienes la mala suerte de meterte en un lío, enseguida que sales de él caes en otro.

—No lo piense, por favor.

—Precisamente mi experiencia me dice que...

Los ojos de Suzanne se dilataron violentamente.

—¡Cuidado!

Un niño había resbalado al cruzar la calzada. El taxista lanzó una maldición, mientras frenaba. Se oyeron un pequeño golpe y un grito.

Suzanne saltó al mismo tiempo que el conductor. Fue ella la primera en recoger al niño, que debía tener unos ocho años y cuyo

rostro aparecía cubierto de sangre. Se oyeron gritos y el silbato de un gendarme, que acudía corriendo y haciendo oscilar su abdomen.

—¿Qué ha ocurrido?

—Este niño... Ha debido resbalar cuando atravesaba la calle. Ha recibido un golpe en la cabeza.

El taxista no podía ni hablar.

—¡Ya lo decía yo...! ¡Lo he sabido desde el primer instante!
¡Tenía que ocurrirme a mí, maldita sea!

—Ustedes dos, vengan.

El gendarme mismo los empujó al interior del taxi. Llegaron a un dispensario antes de darse verdadera cuenta de lo que sucedía.

—No tiene nada importante —dijo el médico de guardia después de examinar al pequeño— aunque sufre un intenso «*shock*». Lo tendremos en observación, pero si no surgen complicaciones bastará con unos días de clínica.

No supo por qué, Suzanne pensó en Harris y en el accidente que le había llevado a perder a su único hijo. Antes de que llegara a pensar realmente aquello, se encontró diciendo:

—Llévenlo a una clínica particular. Yo corro con todos los gastos. Tomen esto.

El taxista empezó a decir:

—El seguro...

—Los trámites del seguro son largos y enojosos —contestó ella—. De momento el niño estará bien atendido. Tenga.

El gendarme recibió el rollo de billetes con expresión atónita.

—Bueno, en ese caso lo llevaré yo mismo. El taxista me acompañará. Pero usted deberá decirme su nombre y dirección porque la habremos de citar como testigo.

Suzanne los dio. Se sentía más y más nerviosa a cada momento que transcurría.

—¿Puedo irme?

—Ahora sí.

—¿Sabe dónde estamos exactamente?

—Esto es la rue Fabien, en Neuilly.

Suzanne, sólo con aquello, supo perfectamente dónde estaba. Se encontraba apenas a doscientos metros de la parada del autobús de Thierry. Podía ir a pie perfectamente.

—Ya me citarán cuando me necesiten. Buenas noches.

Depositó un beso en las mejillas del niño y salió.

El viaje había sido accidentado y pródigo en sucesos, pero ahora ya estaba cerca de la casa. Sus pasos resonaron extrañamente opacos en el asfalto de la calle, bajo la noche vacía.

DIECIOCHO

La vieja cancela sobre la que ella tuvo que saltar destacaba en la penumbra. Una zona de espeso follaje se cernía sobre toda la verja que delimitaba el jardín de la casa. Bajo la noche aquello producía una sensación de lejanía, de abandono, de desolación que durante el día no había dado, a pesar de ser deprimente en cualquier momento la visión de aquella vieja casa.

Suzanne se acercó procurando que el ritmo de su respiración fuera regular y firme. No debía tener miedo. Nada podía ocurrirle porque llamara a la puerta de aquella casa. Y nadie había descubierto, al parecer, el cadáver de Grete.

Empujó la cancela.

Ésta chirrió levemente. Estaba abierta.

Más allá empezaba el levísimo sendero del jardín, apenas insinuado bajo la noche.

La muchacha no cerró tras ella. Puso, por el contrario, una piedra para que la verja siguiese abierta. Luego empezó a caminar poco a poco hacia la casa, mirando a un lado y otro con todos los músculos en tensión, dispuesta a saltar.

El silencio era absoluto. Sólo se oía en la tierra blanda el rumor muy ahogado de sus propios pasos.

Luego un pájaro nocturno emitió un graznido característico que pareció brotar de las mismas entrañas de la oscuridad.

Suzanne contaba los pasos que le faltaban para llegar a la casa. Calculaba también los pasos que habría de dar para alcanzar la calle en el caso de que tuviera que huir.

En dos minutos estaría fuera del jardín. Ella era ágil. Nadie la atraparía.

Se detuvo ante la puerta, conteniendo la respiración.

Su plan era sencillo y concreto. Quería saber si realmente vivía alguien allí. A esta hora Pascal, en el caso de que habitaran en la

casa, estarían en ella. Sólo haciendo sonar la campanilla saldría de muchas dudas que la habían atormentado hasta entonces.

Tiró del cordón.

El campanillazo resonó lenta y profundamente, como si removiera las entrañas de la casa.

Y entonces se abrió la puerta.

DIECINUEVE

La negrura.

La oscuridad como algo viscoso y que lo rodeaba todo, que se pegaba al cuerpo, que impedía respirar.

Ésa fue la sensación de Suzanne. Sintió que la oscuridad penetraba hasta el fondo de su garganta, que la ahogaba. Tal sensación podía no tener lógica, pero se sintió dominada por ella.

Palpó la puerta.

Ésta se había abierto sola, o quizá gracias a algún resorte movido desde un lugar lejano. El caso era que no se había oído el menor ruido. El resorte, caso de existir, parecía haber sido impulsado por los espíritus.

Suzanne volvió a palpar la puerta, pero ahora arrimándola todo lo posible contra la pared, para tener la seguridad de que ningún cuerpo humano se ocultaba tras la hoja de madera.

Todos sus nervios estaban en tensión, sus músculos a punto de saltar. Y sus pensamientos le advertían lo mismo:

«Es una trampa».

Pero al mismo tiempo una fuerza abismal, misteriosa, como la que parece brotar de los ojos de las serpientes, la empujaba hacia el interior de la casa. Aquella fuerza estaba más allá de sus pensamientos, era más fuerte que su voluntad.

Lamentó no llevar un arma, aunque tuvo la sensación de que una pistola le hubiera servido de bien poco entre aquellas tinieblas impenetrables, donde cien ojos parecían acecharla.

Buscó a tientas el conmutador de la luz, que debía hallarse junto a la puerta, y lo halló, haciéndolo funcionar.

En contra de lo que temía, la luz se encendió, y su resplandor pareció cambiarlo todo. El largo pasillo apareció a sus ojos como una cosa larga y limpia, casi acogedora. Las puertas estaban aproximadamente como ella las dejó. No se apreciaba en la casa el

menor movimiento.

No podía comprender cómo el cuerpo de Alex fue descubierto y en cambio no lo había sido aún el de Grete. Aunque quizá la explicación se debiera a que Alex hacía una vida mundana y su buhardilla resultaba muy frecuentada, mientras que en esta casa donde ahora se hallaba, no entraba al parecer nadie. El cuerpo de la mujer, por tanto, aún tenía que estar allí.

Empujó la puerta de la habitación donde lo descubrió la primera vez que puso los pies en aquella casa. Y, en efecto, allí estaba.

Ya empezaba a despedir un ligero hedor.

El aspecto del cadáver era mucho más macabro e inquietante que antes. Ofrecía una de esas visiones que no se olvidan. Su boca se había ido abriendo poco a poco, debido a la relajación de los músculos, y los ojos eran como dos charcos grises que, sin embargo, parecían mirarla.

La muchacha quedó quieta en el umbral, estremecida de horror, haciendo esfuerzos por dominarse.

Su mirada paseó por la habitación, por los muebles viejos y solemnes, por las baldosas polvorientas, por las cortinas pasadas de moda.

Y fue entonces cuando sintió una brusca contracción en la garganta, mientras se le helaba la sangre en las venas.

Porque debajo de una de esas cortinas acababa de ver algo que asomaba: los zapatos de un hombre que estaba oculto tras ella.

Los músculos de la muchacha reaccionaron de una manera maquinal, sin que su voluntad interviniera. De pronto se encontró saltando en el aire, hacia la salida de la casa. Pero tropezó y cayó al suelo cuán larga era, lanzando un gemido.

Oyó entonces unos pasos en la habitación contigua.

Alguien la perseguía. Sin duda era el hombre cuyos zapatos había visto bajo la parte inferior de la cortina.

Sus músculos ágiles y firmes volvieron a reaccionar automáticamente otra vez. Se puso en pie de un salto. No se daba cuenta de que acababa de desgarrarse parte de su falda y de que sus hermosas piernas se movían con mayor libertad, pero mostrando un panorama que hubiera hecho ponerse en pie a los espectadores de la fila cero del Folies Bergère. Trató de llegar hasta la puerta.

Y de pronto una mano cayó sobre su espalda.

La muchacha se volvió, ahogando un grito de horror, mientras sus ojos desencajados miraban al hombre que acababa de detenerla. En tanto observaban al policía Harris.

Suzanne se llevó ambas manos a la boca.

La evidencia fue tan brutal que sus rodillas estuvieron a punto de doblarse. Recordó bruscamente, en fracciones de segundo, que también había encontrado a Harris poco después de descubrir el cadáver de Alex.

—No... no puede ser... —balbució.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Tú has cometido esos crímenes.

Las manos del hombre la sujetaban rudamente. La obligaron a sentarse con una fuerza imperiosa, casi irresistible.

—Más vale que hablemos con calma, Suzanne. Creo que ha llegado el momento de hacerlo.

—Tú... tú mataste a Alex y... y a esa mujer.

—No, no lo he hecho. Pero lo curioso es que pensaba matarlos.

Ella le miró con asombro, parpadeando.

—No... no te entiendo, Harris.

Era curioso, pero no tenía miedo. Le parecía que junto aquel hombre nada malo podía sucederle. Que ahora que él estaba allí todos los peligros habían cesado... aunque Harris fuera un asesino.

—Por favor —suplicó—, explícate.

—Lo que voy a decirte forma parte de tu propia historia, de modo que muchas cosas ya las conoces, pero quizá convenga repetirlas para que puedas situarlas mejor en tus recuerdos. En primer lugar, durante años, tú trataste de averiguar dónde estaban los que asesinaron a tus padres y los que te esterilizaron cuando no eras más que una chiquilla.

—Sí... Eso es cierto.

—Conseguiste averiguar que Alex estaba en contacto con grupos de antiguos SS alemanes, ya que él formaba parte de un partido nazi con sede en la República Federal de Alemania y en Francia, del cual eran miembros antiguos partidarios de Doriot y de Laval. Empezaste a frecuentar su compañía e incluso fingiste quererle. Tu propósito era llegar hasta aquellos verdugos que destrozaron tu vida.

—También eso es cierto —musitó ella con un soplo de voz.

—El éxito acompañó a tus esfuerzos. Aunque ya estabas prometida a Bernier, seguías viendo a Alex porque te sentías cada vez más cerca del final. Y, en efecto, Alex ayudaba a tener ocultos a dos de los viejos médicos asesinos de Auschwitz. Éstos fingían ser tíos suyos y vivían en París bajo los falsos nombres de Charles y Grete Pascal. Sus papeles amañados les permitían incluso cobrar una jubilación como antiguos funcionarios. En otro país, concretamente en Suiza, figuraban como muertos con aquellos mismos nombres, circunstancia que en caso de peligro podía favorecerles mucho, pues la policía helvética no buscaría jamás a dos difuntos, y a ellos les bastaba atravesar la frontera para sentirse relativamente seguros. Habían empleado incluso fotos con fechas falsas de nacimiento y defunción para publicarlas en cierto periódico. Las fotos aún estaban en su poder.

—Yo las vi —murmuró ella con un soplo de voz—. Las vi la primera vez que entré en esta casa.

—Bien... Sigamos con los hechos. Tú fingías pedir las cartas escritas a Alex, pero en realidad buscabas pruebas de la verdadera identidad de los habitantes de esta casa. Una vez obtenidas pensabas denunciarlos a la policía, ¿no?

—Eso es justamente lo que quería hacer.

—Mientras tú estabas aquí llegó un enlace. Al ver una persona desconocida fingió ser el administrador de la finca.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Porque quizá te sorprenda saber que yo había hecho las mismas investigaciones, pero con otra intención. ¿Sabes qué hubiera ocurrido con esos dos asesinos caso de caer ahora en manos de la policía?

—Pues que les habrían condenado a...

—Te equivocas. No les hubieran condenado a nada. Porque imponerles cuatro años de cárcel no es nada para los centenares de asesinatos que cometieron. Entre esos crímenes estaban la muerte de tus padres... y lo que hicieron contigo. Y yo quería que pagaran, Suzanne. Yo quería matarlos como a perros.

—¿Pero... sólo por vengarme?

—Sólo por eso, Suzanne. Por lo mucho que te quiero.

Su voz había temblado un momento, pero al instante añadió con expresión serena:

—Pensaba convertirme en verdugo por ti, y sin embargo, no llegué a serlo. En el caso de Greta, así como en el de Alex, alguien se me adelantó. De verdad no lo entiendo.

—¿Quizá Besnard, ese pobre loco...?

—No, no lo creo. Besnard es un desdichado que no necesita más que una buena temporada de clínica mental. Acabarán dando con él, y eso es lo mejor que puede sucederle. Él es mucho más viejo de lo que parece a primera vista; me extraña que no lo recuerdes.

—No... No puedo recordarlo en absoluto.

—Estaba en Drancy; era el hijo de uno de los jefes nazis franceses que seleccionaban a los niños que habían de ser exterminados en las cámaras de gas. Besnard se daba cuenta de todo y lo vivía todo intensamente. Él sabía que muchos de los juguetes que le daban pertenecían a niños que ya no existían, que quizá aquel mismo día habían sido enviados a morir. Un terrible complejo de culpabilidad, una obsesión brutal se apoderó de él. Tenía acceso a todas partes, y te vio desnuda mientras te esterilizaban. Aunque parezca mentira, al cabo de tantos años, te reconoció cuando tú empezaste a frecuentar los círculos de Alex, entre los cuales él se movía. Nadie podía quitarle de la cabeza a ese pobre hombre que él te había matado. No quería creer que estuvieses viva, que fueras una realidad. Creía verte desnuda como te vio entonces, pero en la época actual. Pensaba haberte matado con sus propias manos, y deseaba que le castigasen por eso. En realidad no era otra cosa la que le ocurría: anhelaba ser castigado. Creía que así iba a limpiar sus culpas, a borrar lo que vio, pese a ser inocente. Como te digo, Besnard no es más que un desdichado que no ha matado a nadie.

—Pero tú... ¿tú estabas decidido a hacerlo?

—Completamente, Suzanne. Algo me enloquecía, me reconcomía por dentro. Deseaba que aquellos miserables pagaran sus culpas.

—Entonces... Harris, hay algo que lo cambia todo. El que cometió esos crímenes evitó que lo hicieras tú. En cierto modo me ha vengado a mí y te ha salvado a ti.

Harris apretó los labios.

Sin duda ya había pensado en eso, pero la idea no acababa de penetrar, de aclararse en su cerebro.

Durante unos instantes calló. En realidad el silencio les envolvía a los dos como una sustancia pegajosa, casi asfixiante.

No se dieron cuenta de que algo se había movida a su espalda.

No advirtieron que alguien se movía sigilosamente entre los viejos muebles, las polvorientas baldosas, las cortinas que parecían arrancadas de una fotografía de otra época.

El cañón de una «Luger» brillaba suavemente en la penumbra.

Pero ninguno de los dos se había dado cuenta de que la muerte estaba allí, a su espalda, rozándoles casi.

Harris, hundido en sus pensamientos, murmuró:

—Ha tenido que ser alguien que... que también te quisiera a ti.

—Y que fuera más amigo tuyo de lo que tú supusieses —murmuró Suzanne—. Alguien que quizá te debía mucho y quiso pagarlo.

Harris apretó los puños maquinalmente.

En sus ojos brilló una chispita de comprensión.

—Dios santo... —murmuró—. Bernier quiso trasladarme hace unos días, pero no obtuvo éxito. Sin duda comprendió que iba a cometer dos asesinatos, quizá tres, y quiso evitarlo de ese modo. ¿Quién sabe si al comprender que yo de todos modos iba a vengarte quiso... quiso...?

No podía hablar. De pronto los pensamientos se atropellaban en su cerebro. Las palabras se ahogaban en su boca.

La «Luger» se había alzado ya a su espalda.

Apuntaba directamente a la nuca de la mujer, que iba a ser la primera víctima.

El dedo se cerraba ya sobre el gatillo.

Dos ojos diabólicamente fijos contemplaban las facciones de la muchacha, que muy pronto no serían más que la cara de una muerta.

Ella balbució:

—Harris... ¿estabas tú oculto tras una cortina cuando yo entré en aquella habitación?

—¿Yo? ¿Oculto yo tras una cortina? De ningún modo...

De pronto los ojos de la muchacha se cerraron porque el asombro había producido una crispación en sus facciones. ¿Quién era el que se escondía allí? ¿Quién?

Sus pensamientos fueron cortados por una especie de fogonazo.

Fue a lanzar un grito.

La sombra que se había cruzado instantáneamente en el camino de la bala, no pudiendo salvarle la vida de otro modo, cayó pesadamente a tierra. El grito angustioso de Suzanne resonó en la habitación. Bernier, cruzándose en el camino del proyectil, acababa de salvarla. Reconoció sus zapatos por haberlos visto poco antes bajo la cortina. Y reconoció también a Charles Pascal, sus ojillos satánicos, sus facciones arrugadas, mientras alzaba de nuevo la «Luger».

No llegó a disparar.

Bernier, con sus últimas fuerzas, acababa de hacer fuego desde el suelo. La bala, prodigiosamente certera, atravesó la cabeza del falso Charles Pascal, del viejo médico asesino.

Luego Bernier ya no se movió más.

Suzanne había sido vengada y Harris había sido salvado de su propia caída, pero el hombre que consiguió ambas cosas yacía en el suelo, a sus pies, con el rostro exánime vuelto hacia el techo, un rostro en el que, sin embargo, parecía flotar una leve sonrisa.

Harris le cerró los ojos.

Sus dedos temblaban.

Vio que la izquierda de Bernier estaba medio introducida en uno de sus bolsillos, posición muy extraña en realidad, y fue a sacarla. Entre los dedos crispados vio un pedazo de papel.

Lo desdobló y lo leyó en silencio, tendiéndolo luego a Suzanne.

El papel decía sencillamente:

«No quise que lo hicieras tú, muchacho. Amé con toda mi alma a Suzanne, pero no soy tan tonto como para no haberme dado cuenta de que ella te quería sólo a ti. En realidad os amáis desde la niñez, y yo sé que, en cambio, soy demasiado brutal, demasiado rudo para ella. He estado al tanto de todo desde el principio, el único que me desorientó fue Besnard con sus extrañas declaraciones, pero eso ya queda lejos. Yo maté a Alex y a Grete, y aunque la muerte de esta última quizá parezca no concordar con el horario que tú llevas grabado en tu memoria, recuerda que entré y salí varias veces de la Prefectura, pudiendo liquidar la cuestión en una de esas salidas, porque sabía dónde estaba Suzanne

y lo que había ido a hacer. En realidad, Charles y Grete Pascal lo sabían también y pensaban eliminarla, pero yo lo evité quitando de en medio a aquella vieja bruja asesina, aunque el otro escapó. Repito que lo único que me tenía loco era ese maldito Besnard, quien incluso había dicho en el apartamento de Suzanne que ella estaba muerta... El seguirle y pensar en sus actos me ha hecho perder mucho tiempo, pero confío en poder salvaros aún a los dos. El ahora llamado Charles Pascal es peligroso y vive rodeado en un clima de muerte, de modo que si las cosas resultan como temo, puede que yo esté viviendo mis últimas horas. Y no quiero dar estado oficial al asunto porque sé que tú, de todos modos, querrías matar a ese hombre y te hundirías para siempre.

»Te debo la vida, Harris, porque me la salvaste una vez, y eso no se olvida. También sé que Suzanne será feliz contigo, mientras que conmigo no podría serlo. Y no te importe no tener hijos, muchacho. Ella es tan perfecta que sabrá hacerte olvidar lo demás. En cuanto a los que le causaron ese daño, ya lo habrán pagado bien...».

Firmaba simplemente:

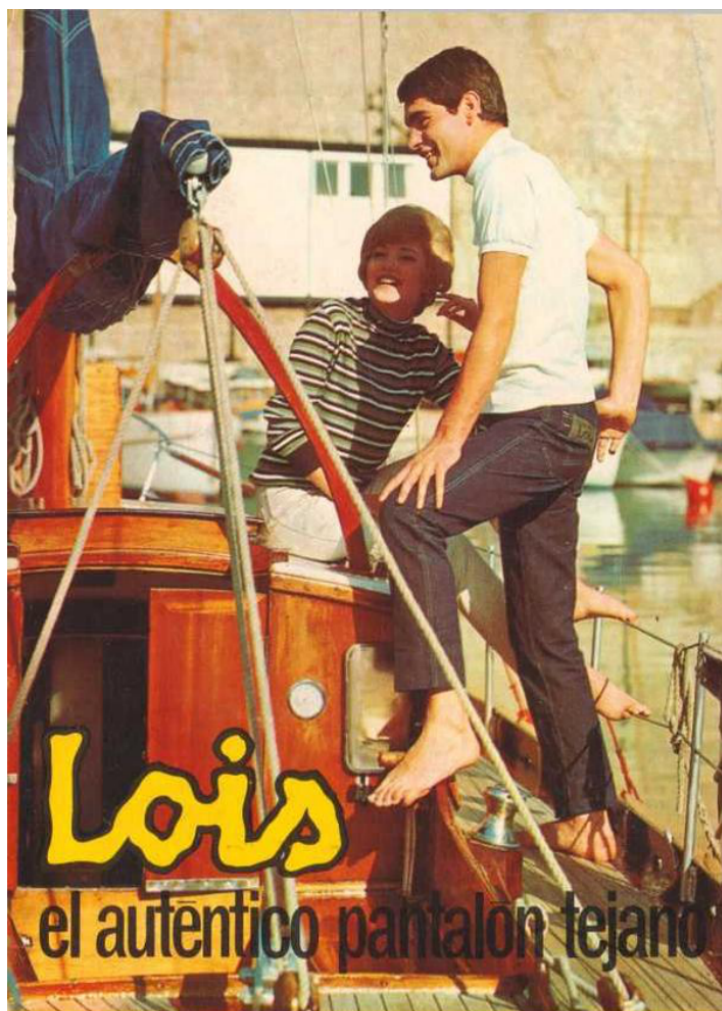
«Vuestro desagradable y rudo Bernier».

Cuando Suzanne terminó de leer el papel, había lágrimas en sus ojos. Y no se sorprendió de que los ojos de Harris también brillaran.

Fue entonces cuando supieron que seguirían unidos para siempre. Que su destino estaba sellado por aquella extraña sonrisa —una sonrisa curiosamente dulce— que aún flotaba en el rostro de Bernier.

Harris estrechó lentamente la mano de su amigo muerto, aunque éste ya no lo sintiera.

Y se dirigió hacia el teléfono.



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] Museo donde se conservan los recuerdos del reinado de Luis XVI y María Antonieta, así como de la Revolución francesa. (N. del T.).

< <